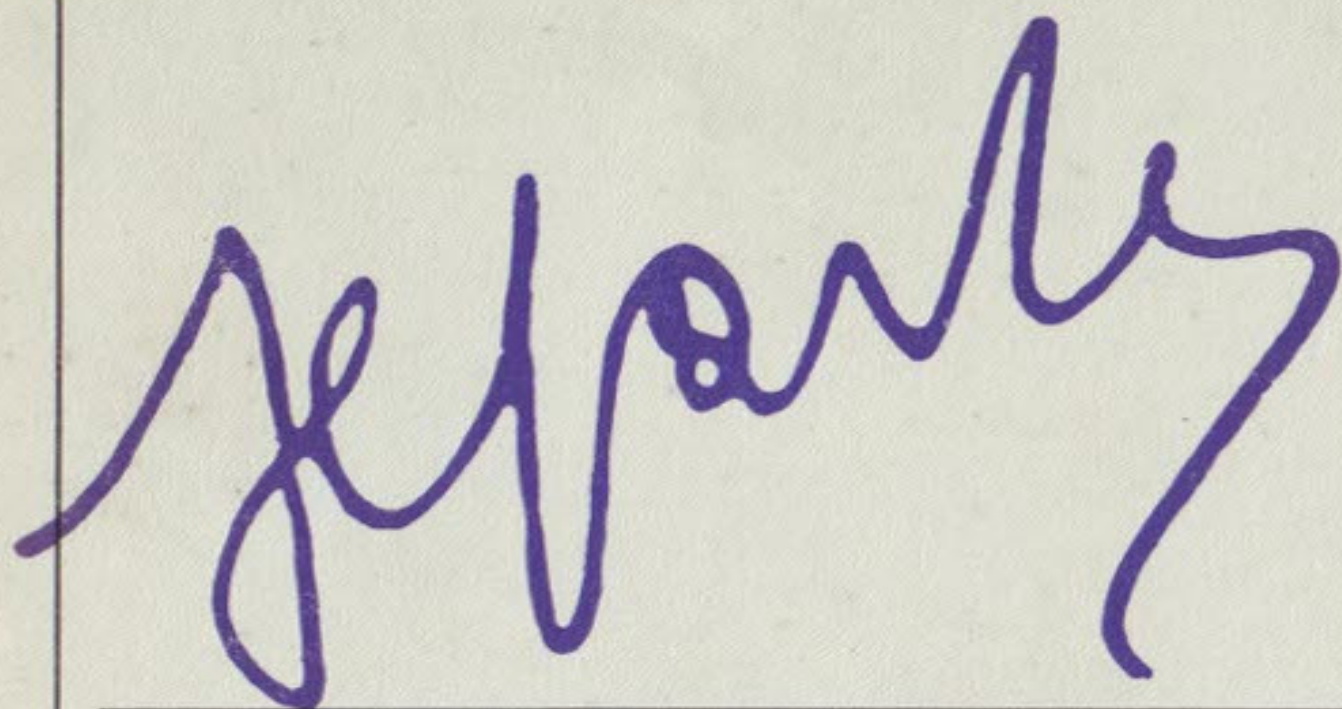


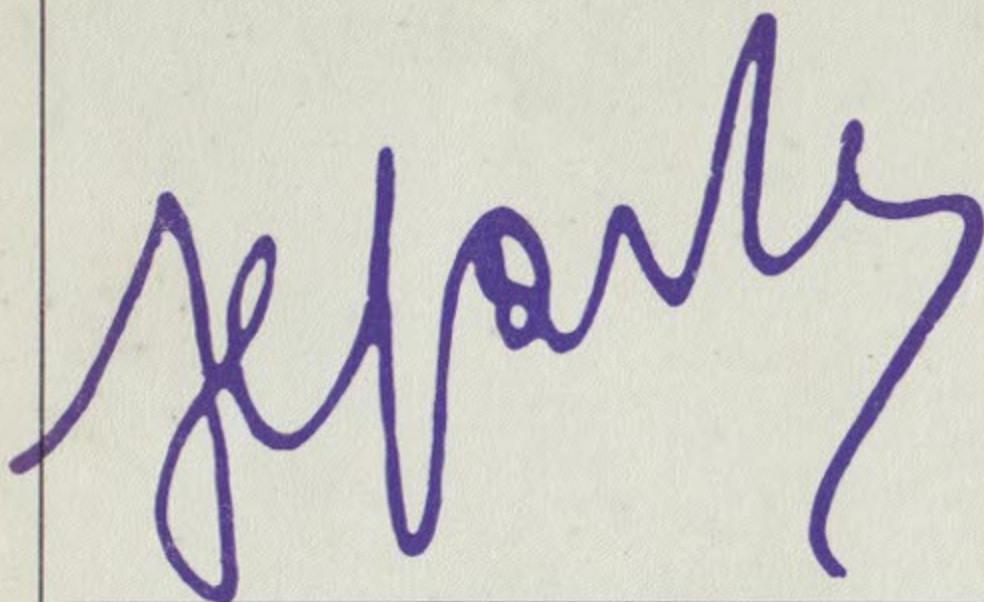


JEAN-PAUL
SARTRE

LA PUTA
RESPETUOSA

A PUERTA
CERRADA





JEAN-PAUL

SARTRE

LA PUTA

RESPETUOSA

A PUERTA

CERRADA





Sartre sitúa *La puta respetuosa* en una ciudad americana del Sur y en ella un triángulo fatídico condenado a entenderse: La puta respetuosa (el pueblo llano), el político (los gobernantes) y el negro (el chivo expiatorio). No se limita a narrar una historia de racismo, sino que va más allá: La historia de cómo una sociedad se constituye y se relaciona entre sí, la ausencia de ética, el asomo de algún remordimiento, de algún acto bueno, pero la sombra alargada de que el hombre es el lobo del hombre siempre está ahí. Se representó por primera vez el 8 de noviembre de 1946.

A puerta cerrada es una obra de teatro existencialista creada por el filósofo Jean-Paul Sartre en 1944, originalmente publicada en francés bajo el título *Huis Clos* y fue puesta en escena por primera vez en el Vieux-Colombier en mayo de 1944, justo antes de la liberación de París durante la Segunda Guerra Mundial.

La obra sólo presenta cuatro personajes (uno de los cuales, el Mayordomo, aparece por muy poco tiempo) y un solo escenario. *A puerta cerrada* es la fuente de la, quizás, más famosa frase de Sartre, «El infierno son los otros» («*L'enfer, c'est les autres*»). Ha sido adaptada al cine.

La obra se inicia con el Mayordomo conduciendo a un hombre llamado Garcin hacia un cuarto, que la audiencia pronto identifica como el infierno (el infierno puede ser un hotel gigantesco, debido a los «cuartos y pasillos» mencionados en la obra). El cuarto no tiene espejos ni ventanas y sólo cuenta con una puerta, tres sillones, una estatua de bronce y un abrecartas. Finalmente, una mujer, Inés, entra a la habitación de Garcin, y posteriormente otra, Estelle. Después de que ambas ingresen, el Mayordomo sale y la puerta es cerrada con llave. Todos esperan ser torturados, pero no aparece torturador alguno. En lugar de ello, ellos descubren que están ahí para torturarse entre ellos, lo cual parecen estar logrando. Al principio, los tres observan eventos que les conciernen, sucediendo en Tierra, pero finalmente (conforme su conexión con la Tierra se

desvanece y los vivos prosiguen) son abandonados con sus propios pensamientos y la compañía de los otros dos. Al final de la obra, Garcin exige salir; tras decirlo, la puerta se abre, pero ninguno decide salir, ya que se dan cuenta de que no pueden vivir los unos sin los otros.



Jean-Paul Sartre

La puta respetuosa. A puerta cerrada

ePub r1.2

Titivillus 23.02.17

Título original: *La P... respectueuse. Huis Clos*
Jean-Paul Sartre, 1946 y 1944
Traducción: Alfonso Sastre

Editor digital: Titivillus
Corrección de erratas r1.1: Caroliread
ePub base r1.2



La puta respetuosa

(La P... respectueuse)

Obra en un acto (dos cuadros)

A Michel y a Zette Leiris

Personajes

LIZZIE

El NEGRO

FRED

JOHN

JAMES

El SENADOR

HOMBRE 1.º

HOMBRE 2.º

HOMBRE 3.º

DECORADO: Una habitación amueblada en algún lugar del sur de los Estados Unidos.

Esta obra fue estrenada en el Théâtre Antoine (dirección SIMONE BERRIAU), de Paris, el 8 de noviembre de 1946.

ACTO ÚNICO

CUADRO PRIMERO

Una habitación en una ciudad americana del Sur. Paredes blancas. Un diván. A la derecha, una ventana; a la izquierda, una puerta que da al cuarto de baño. Al fondo, un pequeño recibidor que da a la puerta de entrada.

ESCENA PRIMERA

LIZZIE. En seguida, el NEGRO

Antes de levantarse el telón, se oye un ruido tremendo que procede del escenario. LIZZIE está sola, en camisa, manejando el aspirador, Lllaman a la puerta. Ella duda un momento, mira hacia la puerta del cuarto de baño. Lllaman otra vez. Para el aspirador y va hacia la puerta del cuarto de baño. La abre un poco.

LIZZIE.—(*En voz baja.*) Están llamando. No salgas. (*Va a abrir. El NEGRO aparece en el marco de la puerta. Es un negro alto y grueso, con los cabellos blancos. Está rígido.*) ¿Qué quiere usted? Seguro que se ha equivocado de dirección. (*Una pausa.*) Pero ¿qué es lo que quiere? Vamos, hable de una vez.

NEGRO.—(*Suplicante.*) Por favor, señora, por favor.

LIZZIE.—Por favor, ¿qué? (*Lo mira mejor.*) Pero oye... ¿No eres tú el del tren? ¿Te pudiste escapar de esos? ¿Y cómo has sabido mi dirección?

NEGRO.—La he buscado, señora. La he buscado por todas partes. (*Hace un gesto para entrar.*) ¡Por favor!

LIZZIE.—No entres ahora. Tengo a uno dentro. Pero ¿qué es lo que quieres?

NEGRO.—Por favor.

LIZZIE.—Pero ¿qué? Por favor, ¿qué? ¿Necesitas dinero?

NEGRO.—No, señora. (*Una pausa.*) Por favor, dígales que yo no he hecho nada.

LIZZIE.—¿Qué le diga a quién?

NEGRO.—Al juez. Dígaselo, señora. Por favor, dígaselo.

LIZZIE.—¿Yo decir? De eso, nada.

NEGRO.—Por favor.

LIZZIE.—De eso, nada. Bastantes líos tengo yo con mi propia vida para cargar ahora con los de los demás. Márchate.

NEGRO.—Usted sabe que yo no he hecho nada. ¿O es que he hecho algo?

LIZZIE.—No, nada. Pero ni hablar de que yo vaya a ver al juez. A mí los jueces y los policías no me van nada, ¿sabes? Me dan alergia.

NEGRO.—He abandonado a la mujer y a los chicos. Estoy dando vueltas toda la noche. Ya no puedo más.

LIZZIE.—Vete de la ciudad.

NEGRO.—Están vigilando las estaciones.

LIZZIE.—¿Quién está vigilando?

NEGRO.—Los blancos.

LIZZIE.—¿Qué blancos?

NEGRO.—Todos. ¿No ha salido esta mañana?

LIZZIE.—No.

NEGRO.—Hay muchísima gente por las calles. Jóvenes y viejos; y se hablan sin reconocerse.

LIZZIE.—¿Y eso que quiere decir?

NEGRO.—Que..., que no me queda más remedio que dar vueltas hasta que me cojan. Cuando hay blancos que sin conocerse se hablan entre

ellos, es que hay algún negro que va a morir. (*Una pausa.*) Dígales que yo no he hecho nada, señora. Dígaselo al juez y a los del periódico. Puede que lo publiquen. ¡Dígaselo, señora, dígaselo!

LIZZIE.—Pero no grites. ¿No te digo que tengo a uno? (*Una pausa.*) Lo del periódico, ni hablar. No es momento de que se fijen en mí, ni mucho menos. (*Una pausa.*) Pero si me obligan a declarar, te prometo que diré la verdad. ¿Vale?

NEGRO.—¿Les dirá que yo no he hecho nada?

LIZZIE.—Se lo diré.

NEGRO.—¿Me lo jura, señora?

LIZZIE.—Sí, sí.

NEGRO.—Por Dios Nuestro Señor que nos está mirando.

LIZZIE.—¡Vamos, anda! Vete a hacer puñetas. Te lo estoy prometiendo, ¿no? Pues eso tiene que bastarte. (*Una pausa.*) Y ahora márchate. Venga, márchate.

NEGRO.—(*Bruscamente.*) Por favor, escóndame.

LIZZIE.—¿Esconderte?

NEGRO.—¿No, señora? ¿No quiere esconderme?

LIZZIE.—¿Yo? Mira lo que te digo. (*Le da con la puerta en las narices.*) Menos cuentos. (*Se vuelve hacia el cuarto de baño.*) Ya puedes salir. (*FRED sale en mangas de camisa, sin corbata.*)

ESCENA II

LIZZIE, FRED

FRED.—¿Qué ha sido?

LIZZIE.—Nada.

FRED.—He creído que era la Policía.

LIZZIE.—¿La Policía? ¿Es que tienes algo pendiente?

FRED.—Yo, no. Lo decía por ti.

LIZZIE.—(*Ofendida.*) ¡Oye, oye! Yo no le he quitado nunca ni una perra a nadie.

FRED.—Y qué, ¿nunca has tenido nada que ver con la Policía?

LIZZIE.—Por lo menos, por robos no. (*Vuelve al aspirador. Gran ruido.*)

FRED.—(*Molesto por el ruido.*) ¡Ah!

LIZZIE.—(*Gritando para hacerse oír.*) ¿Qué te pasa, encanto?

FRED.—(*Gritando.*) Me vas a reventar los oídos.

LIZZIE.—(*Gritando.*) Acabo en seguida. (*Una pausa.*) Yo soy así.

FRED.—(*Gritando.*) ¿Cómo?

LIZZIE.—(*Gritando.*) Te digo que yo soy así.

FRED.—(*Gritando.*) ¿Así, cómo?

LIZZIE.—(*Gritando.*) ¡Pues así! Al día siguiente no puedo evitarlo: lo primero bañarme, y después pasar el aspirador. (*Lo deja.*)

FRED.—(*Señalando la cama.*) Ya que estás ahí, tapa eso.

LIZZIE.—¿El qué?

FRED.—Eso, la cama. Te digo que la tapes. Huele a pecado.

LIZZIE.—¿A pecado? ¿Dónde te enseñan esas cosas? ¿Eres pastor o qué?

FRED.—No. ¿A qué viene eso?

LIZZIE.—Hombre, a que hablas como la Biblia. (*Lo mira.*) No, qué vas a ser pastor: te cuidas demasiado para eso. Déjame ver las sortijas. (*Con admiración.*) Oye, dime, dime, por favor... ¿Es que eres rico?

FRED.—Sí.

LIZZIE.—¿Mucho?

FRED.—Mucho.

LIZZIE.—Mejor. (*Le rodea el cuello con los brazos y le ofrece los labios.*) Yo pienso que, en un hombre, a mejor ser rico. Da confianza.

FRED.—(*No sabe si besarla; por fin se vuelve.*) Tapa esa cama, anda.

LIZZIE.—¡Está bien! ¡Está bien! Ahora la tapo. (*La tapa y se ríe sola.*) «¡Huele a pecado!» Nunca se me hubiera ocurrido una cosa así. Claro que... ¿me oyes?... será «tu» pecado, ¿no? (*Gesto de FRED.*) Sí, ya lo sé también el mío. Pero yo tengo tantos en la conciencia... (*Se sienta*

en la cama y fuerza a FRED a sentarse junto a ella.) Ven, ven a sentarte aquí encima de nuestro pecado. Ha sido un pecado estupendo, ¿no? Un pecado muy bonito... (*Ríe.*) Pero no bajas los ojos, hombre. ¿Qué pasa? ¿Es que te doy miedo? (FRED *la estrecha brutalmente.*) ¡Déjame; me haces daño! ¡Me estás haciendo daño! (*Él la suelta.*) ¡Vaya con el hombre! No me gusta esa cara. (*Una pausa.*) Ahora dime cómo te llamas. Qué, ¿no quieres? Pues me fastidia, ¿sabes?, eso de no saber tu nombre. Será la primera vez que no me entero. El apellido, claro, raramente me lo dicen, y yo lo comprendo. Pero ¡el nombre! ¿Cómo quieres que os distinga a los unos de los otros si no sé vuestros nombres? Anda, dímelo. Anda...

FRED.—No.

LIZZIE.—Entonces tú serás... el señor Sin Nombre. (*Se levanta.*) Espera. Voy a terminar de arreglar esto un poco. (*Cambia algunos objetos.*) Así. Muy bien. Ahora todo está en orden. Las sillas, alrededor de la mesa. Resulta más distinguido. ¿No conoces a uno de éstos que venden grabados? Me gustaría poner algunas estampillas en las paredes. En la maleta tengo una muy bonita. «El cántaro roto» se llama; se ve a una muchacha; se le ha roto el cántaro a la pobre. Es francesa; la estampa, digo.

FRED.—¿Qué cántaro?

LIZZIE.—Yo qué sé; el suyo. Ahora quisiera una abuelita vieja para hacer juego. Que haga punto o que le esté contando un cuento a sus nietecitos. ¡Ah! Voy a descorrer las cortinas y a abrir la ventana. (*Lo hace.*) ¡Qué bueno hace! ¡Mira: otro día que empieza! (*Se estira.*) ¡Ay, qué bien me siento! Hace bueno, me he bañado, hemos..., bueno, lo hemos pasado bien... ¡Qué bien me siento! ¡No te puedes imaginar lo bien que me siento! Mira la vista que tengo. Ven. Tengo una vista muy bonita. Sólo se ven árboles; da la impresión de que uno es rico. Dime si no he tenido suerte; a la primera he encontrado casa en un barrio elegante. Qué, ¿no vienes? ¿Es que no te gusta tu ciudad?

FRED.—Me gusta desde mi ventana.

LIZZIE.—(*Bruscamente.*) No dará mala suerte al despertarse y ver a un negro..., ¿eh?

FRED.—¿Por qué lo dices?

LIZZIE.—Es..., bueno, es que está pasando uno por la acera de enfrente.

FRED.—Ver negros siempre trae mala suerte. Los negros son el demonio.

(*Una pausa.*) Cierra la ventana.

LIZZIE.—¿No quieres que ventile un poco?

FRED.—Te digo que cierres. Venga. Y echa las cortinas. Vuelve a encender la luz.

LIZZIE.—¿Por qué? ¿Es por los negros?

FRED.—Idiota.

LIZZIE.—Hace un sol tan bonito...

FRED.—Aquí no hace falta sol. Prefiero que se quede todo como estaba por la noche. Cierra la ventana, te digo. Ya veré el sol cuando salga a la calle. (*Se levanta, va hacia ella y la mira.*)

LIZZIE.—(*Vagamente inquieta.*) ¿Qué pasa?

FRED.—Nada. Dame la corbata.

LIZZIE.—Está en el cuarto de baño. (*Sale. FRED abre rápidamente los cajones de la mesa y registra, LIZZIE vuelve con la corbata.*) Aquí la tienes. Espera... (*Le hace el nudo.*) ¿Sabes? A mí no me gusta trabajar el cliente de paso porque, en fin, hay que ver demasiada caras nuevas, y no... Mi ideal sería convertirme en una costumbre agradable para tres, lo más para cuatro personas de cierta edad: el martes, uno; el jueves, otro y otro para el fin de semana. Ya te digo; tú..., tú eres un poco joven..., pero eres del tipo serio; así que cuando sientas la tentación, ya sabes. ¡Está bien, está bien! No te digo nada. Ya lo pensarás tú. ¡Ay hijo mío! Eres muy guapo, ¿sabes? Bésame, anda... Bésame... en recompensa... ¿No quieres? ¿No? (*Él la besa brusca y brutalmente; después la rechaza.*) ¡Uf!

FRED.—Eres el Demonio.

LIZZIE.—¿Qué?

FRED.—Que eres el Demonio.

LIZZIE.—¡Otra vez con la Biblia! Pero ¿qué te pasa?

FRED.—Nada. Era una broma.

LIZZIE.—Pues vaya forma de gastar bromas que tienes tú... (*Una pausa.*)

¿Estás contento?

FRED.—¿Contento de qué?

LIZZIE.—(*Lo imita sonriendo.*) «¿Contento de qué? ¡Qué tonta eres, hijita mía!»

FRED.—¡Ah! ¡Ah!, sí... Muy contento. Sí, muy contento. ¿Cuánto quieres?

LIZZIE.—Pero ¿quién habla de eso ahora? Te estoy preguntando si estás contento. Lo menos que podrías hacer es contestarme de buenas formas. Qué pasa, ¿eh? ¿Es que no estás contento verdaderamente? Mucho me extrañaría, ¿sabes? Mucho me extrañaría.

FRED.—Cállate la boca.

LIZZIE.—Me estrechabas con tanta fuerza, con tanta fuerza... ¡Ah!, y me has dicho muy bajito que me querías.

FRED.—Estabas bebida.

LIZZIE.—No, no es cierto.

FRED.—Sí que lo estabas.

LIZZIE.—Te digo que no.

FRED.—Por lo menos, yo sí lo estaba. No me acuerdo de nada.

LIZZIE.—Es una pena. Me he desnudado en el cuarto de baño, y cuando he vuelto contigo te has puesto colorado, ¿no te acuerdas? Que yo te he dicho: «Mira, mira que cangrejito.» ¿Y tampoco te acuerdas de que has querido apagar la luz y de que me has querido en la oscuridad? Me ha parecido un detalle muy amable y respetuoso. ¿No te acuerdas?

FRED.—No.

LIZZIE.—¿Y cuando jugamos a que éramos dos recién nacidos en la misma cunita? ¿Te acuerdas de eso? ¿Eh?

FRED.—Te digo que te calles la boca. Lo que se hace por la noche pertenece a la noche. Por el día no se habla de ello.

LIZZIE.—(*Desafiante.*) ¿Y si a mi me da la gana de hablar? Lo he pasado muy bien, ¿sabes?

FRED.—Ya... Así que lo has pasado bien... (*Va hacia ella. Le acaricia suavemente los hombros y cierra las manos.*) Siempre lo pasáis bien cuando os creéis que habéis enredado a un hombre. (*Una pausa.*) Yo he olvidado esa noche que tú dices..., esa noche tuya. La he olvidado, pero completamente... Me acuerdo sólo de la sala de fiestas... De lo demás te acuerdas tú, tú sola. (*Le aprieta el cuello.*)

LIZZIE.—Pero ¿qué haces?

FRED.—Te aprieto el cuello.

LIZZIE.—Me estás haciendo daño.

FRED.—Tu sola, digo... Y si ahora apretara un poquito más, ya ni siquiera estarías tú: ya no habría nadie, en el mundo que se acordara de esta noche. (*La suelta.*) ¿Así que cuánto?

LIZZIE.—Si lo has olvidado, es que he trabajado mal. Así que nada. No quiero que pagues un trabajo mal hecho.

FRED.—Bueno, déjate de tonterías... ¿Cuánto?

LIZZIE.—Escucha: he llegado aquí hace dos días, y tú eres mi primera visita; al primero no le cobro nada. Es una cosa que trae suerte.

FRED.—No necesito tus regalos. (*Deja un billete de diez dólares en la mesa.*)

LIZZIE.—Espera; no te voy a aceptar pasta ninguna, pero vamos a ver en cuanto me estimas. Un momento que lo adivine... (*Coge el billete y cierra los ojos.*). ¿Cuarenta dólares? No. Es demasiado, y además habría dos billetes. ¿Veinte? ¿Tampoco? Entonces seguro que, es más de cuarenta. Cincuenta. ¿Cien? (*Durante todo esto, FRED la mira riendo silenciosamente.*) ¿Qué se le va a hacer? Abro los ojos. (*Mira el billete.*) ¿No te habrás equivocado?

FRED.—No creo.

LIZZIE.—¿Tú sabes lo que me has dado?

FRED.—Sí.

LIZZIE.—Guárdatelo. Guárdatelo en seguida. (*Lo rechaza con un gesto.*) ¡Diez dólares! ¡Habrase visto! ¡Diez dólares! Pero ¿tú has visto mis piernas? (*Se las enseña.*) Y mis pechos, ¿tú los has visto? Qué ¿te parecen pechos de diez dólares? Guárdate tu billete y lárgate antes

que acabe cabreándome. ¡Diez dólares! Aquí el señor me besaba por todas partes y venga: que otra vez, que otra vez; y venga, a ver, que le contara mi infancia; y luego, por la mañana, aquí el señor hasta se ha permitido sus malos humores y ponerme mala cara, como si me pagara por meses. ¿Y todo eso por cuánto? No por cuarenta, señores; tampoco por treinta ni por veinte: ¡por diez dólares!

FRED.—Para una porquería, ya es demasiado.

LIZZIE.—El puerco lo serás tú. ¿De dónde te has escapado, di, paleta? Tu madre debió ser una furcia de miedo para no enseñarte a respetar a las mujeres.

FRED.—¿Te vas a callar?

LIZZIE.—¡Una furcia de miedo, te lo digo yo! ¡Una furcia de miedo!

FRED.—(*Con una voz neutra.*) Un consejo, nena: no hables demasiado de sus madres a los chicos de por aquí si no quieres que uno te retuerza el cuello.

LIZZIE.—(*Yendo hacia él.*) ¡Tú, por ejemplo! ¡Anda, retuércemelo tú, a ver!

FRED.—(*Retrocediendo.*) Estate quieta. (*LIZZIE coge un jarrón de la mesa con evidente intención de romperselo en la cabeza.*) Toma otros diez dólares y estate quieta. Estate quieta o hago que te pongan a la sombra.

LIZZIE.—¿Tú? ¿A la sombra yo?

FRED.—Sí, yo.

LIZZIE.—¿Tú?

FRED.—Yo.

LIZZIE.—Pues no me extrañaría poco.

FRED.—Soy el hijo de Clarke.

LIZZIE.—¿De qué Clarke?

FRED.—El senador.

LIZZIE.—¡Ah!, ¿sí? Y yo la hija de Roosevelt.

FRED.—¿Tú no has visto la fotografía de Clarke en los periódicos?

LIZZIE.—Sí. ¿Y qué?

FRED.—Míralo. (*Le enseña una fotografía.*) Estoy aquí, a su lado. Me tiene por los hombros.

LIZZIE.—(*Súbitamente alarmada.*) Pero ¡oye! ¡Qué bien está tu padre!
Déjame ver. (FRED *le arranca la fotografía de las manos.*)

FRED.—Bueno, ya basta.

LIZZIE.—¡Qué bien está! ¡Con ese aspecto tan justo, tan severo! ¿Es verdad eso que dicen de que su palabra es de miel? (*El no responde.*) ¿El jardín es vuestro?

FRED.—Sí.

LIZZIE.—Debe de ser muy grande. Y las niñas en los sillones, ¿qué son? ¿Tus hermanas? (*El no contesta.*) ¿La casa dónde está? ¿En una colina?

FRED.—Sí.

LIZZIE.—Entonces por la mañana, cuando tomas el desayuno, seguro que ves toda la ciudad desde la ventana.

FRED.—Sí.

LIZZIE.—¿Y cómo hacen para llamaros a comer? ¿Tocan una campana? Anda, dímelo.

FRED.—No; con un «gong».

LIZZIE.—(*Extasiada.*) ¡Con un «gong»! Mira, chico, no te comprendo. A mí, con una familia como ésa y en una casa así, tendrían que darme dinero para levantarme. (*Una pausa.*) De lo que he dicho de tu mamá, perdóname; es que estaba furiosa. ¿Está también ahí, en la fotografía?

FRED.—Te he prohibido que me hables de ella.

LIZZIE.—Está bien, hombre. (*Una pausa.*) ¿Puedo hacerte una pregunta? (*El no contesta.*) Si el amor te molesta tanto, ¿qué has venido a hacer conmigo, a ver? (*El no contesta. Ella suspira.*) ¡En fin! Mientras viva aquí haré lo posible por adaptarme a vuestras cosas. (*Una pausa.* FRED *se pasa el peine ante el espejo.*)

FRED.—¿Tú de dónde vienes? ¿Del Norte?

LIZZIE.—Sí.

FRED.—¿De Nueva York?

LIZZIE.—¿A qué viene eso?

FRED.—¿Cómo has hablado de Nueva York...

LIZZIE.—Todo el mundo puede hablar de Nueva York; eso no quiere decir nada.

FRED.—¿Por qué no te quedaste allí, donde estuvieras?

LIZZIE.—Estaba hasta la coronilla.

FRED.—¿Tenías algún lío?

LIZZIE.—Hombre, claro; no se que me pasa que los atraigo como un imán. Hay naturalezas así. ¿Ves esta serpiente? (*Por una pulsera.*) Trae mala pata.

FRED.—¿Y por qué te la pones?

LIZZIE.—Ya que la tengo, es peor quitármela. Por lo visto, las venganzas de las serpientes son terribles.

FRED.—¿Fue a ti a la que el negro ese quiso violar?

LIZZIE.—¿El qué?

FRED.—¿No llegaste anteayer en el rápido de las seis?

LIZZIE.—Sí.

FRED.—Entonces eres tú.

LIZZIE.—A mí nadie me ha querido violar. (*Ríe con un poco de amargura.*) ¿Violarme a mí? ¿Tú te imaginas?

FRED.—Eres tú. Webster me lo dijo anoche en la sala de fiestas.

LIZZIE.—¿Webster? (*Una pausa.*) ¡Ah!, entonces era por eso.

FRED.—¿Por eso el qué?

LIZZIE.—Por eso te brillaban así los ojos. Qué, ¿te excitaba? ¡Cochino! ¡Con un padre tan bueno!

FRED.—¡Imbécil! (*Una pausa.*) Sólo de pensar que te hubieras acostado con un negro...

LIZZIE.—¿Qué?

FRED.—Yo tengo cinco criados de color, ¿sabes? Bueno, pues cuando suena, el teléfono y lo coge uno de ellos, lo limpia con la bayeta antes de dármelo.

LIZZIE.—(*Silbido admirativo.*) ¡Qué bueno!

FRED.—(*Despacio.*) Aquí no nos gustan mucho los negros. Ni las blancas que se divierten con ellos.

LIZZIE.—Comprendido. Yo no tengo nada contra ellos, pero de eso a que me toquen, ¡en fin!

FRED.—¡Cualquiera sabe! Tú eres el Demonio. El negro también es el Demonio... (*Bruscamente.*) ¿Así que intento violarte?

LIZZIE.—¿Qué puede importarte a ti lo que pasara?

FRED.—Entraron dos en tu compartimiento, y al poco se echaron encima de ti. Tú pediste socorro y unos blancos vinieron en tu ayuda. Uno de los negros tiró de navaja y un blanco lo tumbó de un tiro. ¡El otro negro se escapó!

LIZZIE.—¿Eso es lo que te ha contado ese Webster?

FRED.—Sí.

LIZZIE.—¿Y él de qué lo sabe?

FRED.—Todo el mundo habla de ello.

LIZZIE.—¿Todo el mundo? La suerte mía de siempre. ¿Es que no tenéis otra cosa que hacer?

FRED.—¿Ha pasado como te he dicho?

LIZZIE.—Ni mucho menos. Los dos negros estaban tan tranquilos hablando entre ellos; ni siquiera me miraron. Después subieron cuatro blancos; que por cierto dos de ellos se me empezaron a echar encima. Por lo visto, acababan de ganar un partido de «rugby» o no sé qué; el caso es que estaban borrachos. Luego dijeron que olía a negro y entonces los quisieron echar al pasillo. Los otros se defendieron como Dios les dio a entender; y es cuando a uno de los blancos le dieron un puñetazo en un ojo y el tío sacó un revólver y disparó. Ni más ni menos. El otro negro se escapó saltando al andén cuando el tren entraba en la estación; ni más ni menos.

FRED.—A ese negro lo conocemos de sobra. Lo único que puede ganar ya es un poco de tiempo. (*Una pausa.*) Oye, y cuando el juez te llame a declarar, ¿le vas a contar toda esa historia?

LIZZIE.—Pero ¿qué puede importarte a ti?

FRED.—Tú contesta.

LIZZIE.—No pienso ni ver al juez; así que mira. Ya te digo que me horrorizan las complicaciones.

FRED.—Claro que tendrás que ir a verlo.

LIZZIE.—De eso, nada. No quiero tener ningún asunto con la Policía.

FRED.—Vendrán a por ti.

LIZZIE.—¡Ah! Entonces les diré lo que he visto. (*Una pausa.*)

FRED.—¿Te das bien cuenta de lo que vas a hacer?

LIZZIE.—¿De lo que voy a hacer yo? Tú me dirás.

FRED.—Vas a declarar contra un blanco, a favor de un negro.

LIZZIE.—¡Hombre! Si el blanco es culpable...

FRED.—Es que no es culpable.

LIZZIE.—Si es él el que ha matado, a ver si no.

FRED.—A ver. Culpable, ¿de qué?

LIZZIE.—De haber matado.

FRED.—Pero ha matado a un negro.

LIZZIE.—¿Y qué?

FRED.—Si se fuera culpable cada vez que se mata a un negro...

LIZZIE.—No tenía derecho.

FRED.—¿Qué derecho?

LIZZIE.—¡No tenía derecho!

FRED.—Ese derecho tuyo viene del Norte, nena. (*Una pausa.*) Culpable o no, tú no puedes hacer que castiguen a uno de tu raza.

LIZZIE.—Yo no quiero hacer que castiguen a nadie. Me preguntarán lo que he visto y yo lo diré. (*Una pausa. FRED va hacia ella.*)

FRED.—Oye, ¿qué es lo que hay entre tú y ese negro? ¿Por qué lo proteges?

LIZZIE.—Ni siquiera lo conozco.

FRED.—¡Entonces!

LIZZIE.—¡Entonces quiero decir la verdad! ¿Qué pasa?

FRED.—¡La verdad! ¡Una putita de diez dólares que quiere decir la verdad! ¡Qué verdad ni que ocho cuartos! ¡Lo que hay es blancos y negros, a ver si te enteras! Diecisiete mil blancos y veinte mil negros. Esto no es Nueva York; hache no nos podemos andar con esos bromas. (*Una pausa.*) Thomas es primo mío.

LIZZIE. ¿Quién?

FRED.—Thomas, el que ha matado al negro; es primo mío.

LIZZIE.—(*Impresionada.*) ¿Sí?

FRED.—Y es un hombre de bien; eso a ti puede que no te diga mucho; pero es un hombre de bien.

LIZZIE.—¡Un hombre de bien que se apretujaba todo el rato contra mí y que me levantaba las faldas! ¡Fíjate tú de los hombres de bien! No me extraña nada que seáis de la misma familia.

FRED.—¡No te fastidia la asquerosa! (*Se contiene.*) Tú eres el Demonio, claro, y con el Demonio no se puede hacer más que el mal. Te levantó las faldas y disparó contra un mierda de negro, vaya cosa; son gestos que uno hace sin pensar, cosas que no cuentan. Thomas es un jefe; eso es lo único que cuenta.

LIZZIE.—Puede que sí. Pero es que el negro no hizo nada.

FRED.—Un negro siempre ha hecho alguna cosa.

LIZZIE.—Yo nunca entregaré a nadie a la bofia, nunca.

FRED.—Pero si no es él, será Thomas, ¿no comprendes? De todos modos, vas a entregar a uno. Y eres tú la que tienes que elegir.

LIZZIE.—Bueno, ya estoy otra vez de porquería hasta los ojos; eso para cambiar. (*A la pulsera.*) ¿No sabes hacer otra cosa, pedazo de animal? (*La tira al suelo.*)

FRED.—¿Cuánto quieres?

LIZZIE.—No quiero ni una perra.

FRED.—Quinientos dólares.

LIZZIE.—Ni una perra.

FRED.—Tú necesitas bastante más que una noche para ganar quinientos dólares.

LIZZIE.—Sobre todo si me caen en suerte tacaños como tú. (*Una pausa.*) ¿Por eso empezaste a timarte conmigo anoche?

FRED.—¡Bueno!

LIZZIE.—Así que fue por eso. Te dijiste: «Ahí está la chica; ahora la acompaño a casa y se arregla el asunto.» ¡Era por eso! Me sobabas las manos, pero estabas frío como el hielo, pensando: «A ver cómo le planteo la cosa a ésta...» (*Una pausa.*) Pero ¡ahora dime! Anda,

dime, hijo mío... Si has subido a mi cuarto para proponerme ese negocio, no tenías necesidad de acostarte conmigo. ¿Eh? ¿Por qué te has acostado conmigo, asqueroso? Di, ¿por qué?

FRED.—Que me maten si lo sé.

LIZZIE.—(*Se desploma en una silla llorando.*) ¡Asqueroso! ¡Asqueroso! ¡Asqueroso!

FRED.—¡Bueno, basta ya! ¡Quinientos dólares! ¡No chilles más, maldita sea! ¡Quinientos dólares! ¡No chilles más! ¡Vamos, Lizzie! ¡Lizzie! ¡Sé razonable! ¡Quinientos dólares!

LIZZIE.—(*Sollozando.*) Yo no soy razonable. Y no quiero los quinientos dólares. Y no quiero levantar falso testimonio. ¡Quiero volverme a Nueva York, quiero marcharme! (*Llaman al timbre. Para en seco. Llaman otra vez. En voz baja.*) ¿Quién será? Cállate. (*Un timbrazo largo.*) No voy a abrir. Tú estate quieto. (*Golpes en la puerta.*)

UNA VOZ.—Abran. Policía.

LIZZIE.—(*En voz baja.*) La «poli». Tenía que ocurrir. (*Señala la pulsera.*) Ésta tiene la culpa. (*La recoge y vuelve a ponérsela.*) Es peor si no me la pongo. Escóndete. (*Golpes en la puerta*)

LA VOZ.—¡Policía!

LIZZIE.—Escóndete, te digo. Vete al cuarto de baño. (*Él no se mueve. Ella lo empuja con todas sus fuerzas.*) Pero ¡venga! ¡Escóndete!

LA VOZ.—Fred, ¿estás ahí? ¿Estás ahí, Fred?

FRED.—Sí, aquí estoy. (*Rechaza a LIZZIE. Ella lo mira con estupor.*)

LIZZIE.—¡Era para esto! (*FRED va a abrir. Entran JOHN y JAMES.*)

ESCENA III

Los mismos, JOHN, JAMES

JOHN.—Policía. ¿Tú eres Lizzie MacKay?

LIZZIE.—(*Sin oírlo, sigue mirando a FRED.*) ¡Era para esto!

JOHN.—(*Sacudiéndola por los hombros.*) Contesta cuando se te habla.

LIZZIE.—¿Eh? Sí, soy yo.

JOHN.—Documentación.

LIZZIE.—(*Se domina. Dice con dureza.*) ¿Con qué derecho? ¿Qué viene a hacer a mi casa? (JOHN *le enseña la estrella.*) Eso se lo puede poner cualquiera. Ustedes son compinches de aquí, del señor, y se han conchabado para hacerse conmigo; pero no. (JOHN *le pone un «carnet» en las narices.*)

JOHN.—¿Conoces esto?

LIZZIE.—(*Señalando a JAMES.*) ¿Y éste?

JOHN.—(*A JAMES.*) Enséñale el «carnet» tú. (JAMES *se lo enseña.* LIZZIE *lo mira, va a la mesa sin decir nada, saca su documentación y se la da a ellos. Mirando a FRED.*) ¿Te lo has traído a casa esta noche? ¿No sabes que la prostitución es un delito?

LIZZIE.—Oiga, ¿ustedes están seguros de que tienen derecho a entrar en casa de la gente sin un mandamiento? ¿No tienen miedo de que yo pueda darles un disgusto?

JOHN.—No te preocupes por nosotros. Tú, tranquila. (*Una pausa.*) Te preguntamos si te has traído a este muchacho a tu casa. (*Ella ha cambiado desde que entraron los policías. Se ha hecho más dura y más vulgar.*)

LIZZIE.—No hay que darle más vueltas. Claro que sí, que me lo he traído a mi casa. Solamente que lo he hecho de gratis. ¿Lo dicho os la corta..., la lengua, digo?

FRED.—Verán que hay dos billetes de diez dólares en la mesa. Son míos.

LIZZIE.—Demuéstralo.

FRED.—(*Sin mirarla, a los otros.*) Los saqué del Banco ayer por la mañana, con otros veintiocho de la misma serie. Si quieren, pueden comprobar los números.

LIZZIE.—(*Violentemente.*) ¡Los he rechazado! ¡Yo he rechazado su porquería de dinerito! Se lo he tirado a la cara.

JOHN.—Si los has rechazado, ¿cómo es que están ahí en la mesa?

LIZZIE.—(*Después de un silencio.*) Estoy aviada. (*Mira a FRED con una especie de estupor y ahora dice con una voz casi dulce.*) ¿Así que era para esto? (*A los otros.*) ¿Y qué? ¿Qué quieren de mí?

JOHN.—Siéntate. (*A FRED.*) ¿Tú la has puesto al corriente? (*FRED dice que sí con la cabeza.*) ¿No oyes que puedes sentarte? (*La empuja en un sillón.*) El juez está de acuerdo en soltar a Thomas si le firmas una declaración. Está ya redactada; así que no tienes más que firmar. Mañana te interrogarán rutinariamente y fuera. ¿Sabes leer? (*LIZZIE se encoge de hombros; él le alarga el papel.*) Lo lees y firmas.

LIZZIE.—Es todo falso de cabo a rabo.

JOHN.—Puede que sí. ¿Y qué?

LIZZIE.—Que yo no lo firmo.

FRED.—Metedla a la sombra. (*A LIZZIE.*) Son dieciocho meses.

LIZZIE.—Dieciocho meses, sí. Y cuando salga te arranco el pellejo.

FRED.—Pues no es difícil... (*Se miran.*) Deberías telegrafiar a Nueva York; ha debido de tener algún jaleo allí.

LIZZIE.—(*Con admiración.*) Eres tan asqueroso como una mujer. Nunca hubiera creído que un tipo pudiera ser tan asqueroso como tú.

JOHN.—Bueno, decídet. O lo firmas o te meto en la cárcel.

LIZZIE.—Prefiero la cárcel antes que mentir.

FRED.—¡Conque antes que mentir, qué tía! ¿Qué es lo que has hecho toda la noche? Cuando me llamabas cariño y todo eso, ¿no mentías? Y cuando suspirabas para hacerme creer que sentías placer, ¿qué? Tampoco mentías, ¿verdad?

LIZZIE.—(*Desafiante.*) ¿Qué quieres? ¿Tranquilizarte? Pues no, no mentía. (*Se miran. FRED vuelve los ojos.*)

FRED.—Bueno, acabemos ya. Toma mi pluma. Firma.

LIZZIE.—Puedes metértela donde te quepa. No. (*Un silencio. Los tres hombres no saben qué hacer.*)

FRED.—¡En fin! ¡Adónde hemos llegado! Es el mejor hombre de la ciudad y su suerte depende de los caprichos de una chica... (*Da unos paseos y, de pronto, se vuelve bruscamente a LIZZIE.*) Míralo. (*Le enseña una fotografía.*) Habrás visto muchos hombres en tu perra vida, pero

como éste, ¿qué? ¿Muchos? Esa cara despejada..., enérgica..., esas medallas en el uniforme. No, no vuelvas los ojos. Llega hasta el final: es tu víctima y tienes que mirarla cara a cara. Ya ves tú lo joven que es ahora..., lleno de vida..., esbelto... No te preocupes; cuando salga de la cárcel dentro de diez años estará más cascado que un viejo, medio calvo, sin dientes... Puedes estar contenta: un buen trabajo. Hasta ahora lo que has hecho ha sido rebañar un poco los bolsillos de tus clientes; pero esta vez no; esta vez escoges al mejor y le quitas la vida, nada menos. Qué, ¿no dices nada? ¿Tan podrida estás ya? ¡Si tenías que arrodillarte, puta del demonio! ¡Arrodillarte ante ese hombre al que vas a deshonorar! (*La ha tirado al suelo en el momento en que, por la puerta que han dejado entreabierta, entra CLARKE.*)

ESCENA IV

Los mismos; en seguida, el SENADOR

SENADOR.—Déjala. (*A LIZZIE.*) Usted, levántese.

FRED.—¡Hola!

JOHN.—¡Hola!

SENADOR.—¡Hola! ¡Hola!

JOHN.—(*A LIZZIE.*) Es el senador Clarke.

SENADOR.—(*A LIZZIE.*) ¡Hola!

LIZZIE.—¡Hola!

SENADOR.—Bueno, ya nos hemos presentado. (*Mira a LIZZIE.*) Así que ésta es la joven... Tiene un aspecto muy simpático.

FRED.—No quiere firmar.

SENADOR.—Y tiene toda la razón del mundo. Habéis entrado en su casa sin ningún derecho. (*A un gesto de JOHN, con fuerza.*) Absolutamente sin ningún derecho; y además, la tratáis brutalmente y queréis que hable

en contra de su conciencia. Ésos no son procedimientos americanos.
¿Es cierto que el negro intentó violentarte, hija mía?

LIZZIE.—No.

SENADOR.—Perfectamente. Entonces hay una cosa que está clara. Mírame a los ojos. (*Él la mira.*) Estoy seguro de que no miente. (*Una pausa.*) ¡Pobre Mary! (*A los demás.*) Está bien, muchachos; vámonos. No tenemos nada que hacer aquí. Sólo nos queda pedir excusas a la señorita.

LIZZIE.—¿Quién es Mary?

SENADOR.—¿Mary? Mi hermana; la madre de ese desgraciado Thomas. Una pobre vieja que de ésta se va a morir. Adiós, hija mía.

LIZZIE.—¡Senador!

SENADOR.—¿Hijita?

LIZZIE.—Lo siento mucho.

SENADOR.—¿Qué vas a sentir, puesto que dices la verdad?

LIZZIE.—Siento que sea... precisamente esa verdad.

SENADOR.—¿Qué le vamos a hacer ni tú ni yo? Nadie tiene derecho a pedirte un falso testimonio. (*Una pausa.*) No, no pienses más en ella.

LIZZIE.—¿En quién?

SENADOR.—En mi hermana. ¿No pensabas en ella?

LIZZIE.—Sí.

SENADOR.—Veo claramente lo que te pasa, hija mía. ¿Quieres que yo le diga lo que ahora tienes en la cabeza? (*Imitando a LIZZIE.*) «Si yo firmara esto, el senador se iría en seguida a su casa a verla, y le diría: “Lizzie MacKay es una buena chica; ella es la que hoy te devuelve a tu hijo”. Y ella sonreiría entre las lágrimas, diciendo: ¿Lizzie MacKay? Nunca olvidaré ese nombre. Y entonces yo, sin familia como estoy, relegada por el Destino a ser el desecho de la sociedad..., no sé..., desde ahora habría una viejecita sencilla que pensaría en mí allí en su casa grande...; habría una madre americana que me adoptaría en su corazón.» Pobre Lizzie, no pienses más en ello.

LIZZIE.—¿El pelo como lo tiene? ¿Blanco?

SENADOR.—Sí, completamente blanco; pero, no creas, se conserva muy joven de cara... Y tenía una sonrisa de bondad que conmovía a todos. Ya no volverá a sonreír nunca; figúrate. Adiós. Mañana le dirás la verdad al juez.

LIZZIE.—¿Ya se marcha?

SENADOR.—Pues sí; voy a su casa. Tengo que decirle el resultado de nuestra conversación.

LIZZIE.—¡Ah! ¿Sabe que ha venido usted aquí?

SENADOR.—He venido precisamente porque ella me lo ha pedido.

LIZZIE.—¡Dios mío! ¿Y estará esperándole? Y usted tendrá que decirle que yo me he negado a firmar. ¡Cómo me va a odiar la pobre!

SENADOR.—(*Poniéndole las manos en los hombros.*) Pobre hijita, créeme que no quisiera encontrarme en tu lugar.

LIZZIE.—¡Qué problema! (*A su pulsera.*) Y todo por tu culpa, porquería, que eres una porquería.

SENADOR.—¿Cómo dices?

LIZZIE.—Nada. (*Una pausa.*) Tal como están las cosas, es una pena que el negro no me haya violado de verdad.

SENADOR.—(*Conmovido.*) ¡Hija mía!

LIZZIE.—(*Tristemente.*) Para ustedes hubiera sido una alegría tan grande, y para mí un disgusto tan pequeño...

SENADOR.—¡Gracias! (*Una pausa.*) Yo quisiera ayudarte. (*Una pausa.*) Pero la verdad es la verdad.

LIZZIE.—(*Tristemente.*) Claro.

SENADOR.—Y la verdad es que el negro no te ha violado.

LIZZIE.—(*Igual.*) Eso es.

SENADOR.—Eso es. (*Una pausa.*) Aunque, bien entendido, es una verdad que podríamos llamar de primer grado.

LIZZIE.—(*Sin comprender.*) ¿Cómo de primer grado?

SENADOR.—En fin, sí; quiero decir una verdad... popular.

LIZZIE.—¿Popular? ¿Y eso qué? ¿Qué no es la verdad?

SENADOR.—Sí, sí; claro que es la verdad. Sólo que... hay distintas clases de verdades.

LIZZIE.—¿Piensa usted que el negro me ha violado?

SENADOR.—No, eso no. Desde cierto punto de vista, es cierto que no te ha violado de ningún modo. Pero, ya ves, yo soy un viejo que ha vivido mucho, que se ha equivocado muchas veces y que, desde hace algunos años, cada vez se equivoca un poco menos. Y tengo sobre estas cosas una opinión distinta de la tuya.

LIZZIE.—¿Qué opinión, a ver?

SENADOR.—¿Cómo explicártelo? Mira: imaginemos por un momento que la nación americana se te aparece de pronto. ¿Qué crees que te diría?

LIZZIE.—(*Espantada.*) Me figuro que no tendría mucho que decirme.

SENADOR.—¿Tú eres comunista?

LIZZIE.—¡Qué horror! ¡No!

SENADOR.—Entonces tiene muchas cosas que decirte. Por ejemplo: «Lizzie, has llegado a una situación tal que tienes que elegir hoy entre dos de mis hijos. Uno de los dos tiene que desaparecer. ¿Qué hay que hacer en un caso semejante? Quedarse con el mejor. Pues bien: vamos a ver cuál de los dos es el mejor. ¿Quieres?»

LIZZIE.—Sí. ¡Ay, perdón! Creí que era usted el que estaba hablando.

SENADOR.—Estoy hablando en su nombre. (*Coge el hilo.*) «Lizzie, ese negro al que tú proteges, ¿para qué sirve? Ha nacido por azar, Dios sabe dónde. Yo le he dado de comer y él, en cambio, ¿qué ha hecho por mí? Nada: vagabundear, golfear, cantar, comprarse trajes de color rosa y verde. Es también mi hijo y yo lo quiero como a los demás. Pero yo te pregunto: ¿Puede decirse de él que lleva una vida de hombre? ¡Ya ves! Ni siquiera me daría cuenta de su muerte.»

LIZZIE.—¡Qué bien habla usted!

SENADOR.—(*Siguiendo.*) «El otro, por el contrario, ese Thomas, es verdad que ha matado a un negro y eso está muy mal. Pero lo necesito. Es un americano cien por cien, descendiente de una de nuestras más antiguas familias; ha estudiado en Harvard; es oficial..., necesito oficiales...; da trabajo a dos mil obreros en su fábrica..., dos mil

parados si llegara a morir...; es un jefe; una sólida barrera contra el comunismo, el sindicalismo y los judíos. Tiene el deber de vivir, y tú, tú tienes el deber de conservarle la vida. Así es la cosa. Elige.»

LIZZIE.—Pero ¡qué bien habla usted!

SENADOR.—¡Elige!

LIZZIE.—(*Se sobresalta.*) ¿Eh? ¡Ah, sí!... (*Una pausa.*) Me ha liado usted. Ya no sé donde estoy.

SENADOR.—Mírame, Lizzie ¿Tienes confianza en mí?

LIZZIE.—Sí, senador.

SENADOR.—¿Crees que yo puedo aconsejarte una mala acción?

LIZZIE.—No, senador.

SENADOR.—Entonces firma. Aquí tienes mi pluma.

LIZZIE.—¿Cree usted que ella quedará contenta conmigo?

SENADOR.—¿Quién?

LIZZIE.—Su hermana.

SENADOR.—Te querrá, de lejos, como a una hija.

LIZZIE.—¿A lo mejor me envía flores?

SENADOR.—A lo mejor. Seguramente.

LIZZIE.—O su fotografía con un autógrafo.

SENADOR.—Es muy posible.

LIZZIE.—La pondré en la pared. (*Una pausa. Se mueve con agitación.*) ¡Qué cosas, madre mía! (*Volviendo con el SENADOR.*) ¿Y qué le harán al negro si yo firmo?

SENADOR.—¿Al negro? Bueno... (*La coge par los hombros.*) Si tú firmas, toda la ciudad te adopta. Toda la ciudad. Todas las madres de la ciudad.

LIZZIE.—Pero...

SENADOR.—¿Y tú crees que una ciudad entera puede equivocarse? Una ciudad entera, con sus pastores y sus curas, sus médicos, sus abogados, sus artistas, su alcalde, sus concejales y sus asociaciones de beneficencia... ¿Tú crees que puede equivocarse?

LIZZIE.—No. No. No.

SENADOR.—Dame la mano. (*La fuerza a firmar.*) Ya está. Te doy las gracias en nombre de mi hermana y de mi sobrino, en nombre de los diecisiete mil blancos de la ciudad, en nombre de la nación americana a la que represento en este lugar. Déjame tu frente. (*La besa en la frente.*) Vosotros, vámonos. (*A LIZZIE.*) Volveré a verte luego. (*Sale.*)

FRED.—(*Saliendo.*) Adiós, Lizzie.

LIZZIE.—Adiós. (*Ellos salen. Ella se queda como aplastada y de pronto se precipita hacia la puerta.*) ¡Senador! ¡Senador! ¡No quiero! ¡No, no quiero! ¡Rompa ese papel! ¡Senador! (*Vuelve a escena. Coge maquinalmente el aspirador.*) ¡La nación americana! (*Pone el contacto.*) Tengo la impresión de que me han liado. (*Maneja con rabia el aspirador.*)

TELON

CUADRO SEGUNDO

El mismo decorado, doce horas después. Las lámparas están encendidas, las ventanas abiertas a la noche. Rumores que van en aumento. El NEGRO aparece en la ventana, se monta en el alféizar y salta a la habitación desierta. Va al medio de la escena. Lllaman al timbre. Se esconde detrás de una cortina. LIZZIE sale del cuarto de baño, va a la puerta de entrada y abre.

ESCENA PRIMERA

LIZZIE, el SENADOR; el NEGRO, escondido.

LIZZIE.—Pase. (*El senador entra.*) ¿Qué hay?

SENADOR.—Thomas está ya en brazos de su madre. Vengo a comunicarte su agradecimiento.

LIZZIE.—¿Está muy contenta?

SENADOR.—Mucho.

LIZZIE.—¿Ha llorado?

SENADOR.—¿Llorado? ¿Por qué? Es una mujer fuerte.

LIZZIE.—Usted me había dicho que lloraría.

SENADOR.—¡Bueno! Es una manera de hablar.

LIZZIE.—Ella no se lo esperaba, ¿a que no? Se figuraría, seguro, que soy una mala mujer y que iba a declarar a favor del negro.

SENADOR.—Se había confiado en las manos de Dios.

LIZZIE.—¿Qué piensa de mí?

SENADOR.—Te da las gracias.

LIZZIE.—¿No le ha preguntado como soy?

SENADOR.—No.

LIZZIE.—¿Opina que soy una buena chica?

SENADOR.—Piensa que has cumplido con tu deber.

LIZZIE.—¡Ah!, ¿sí?

SENADOR.—Y espera que vas a continuar cumpliéndolo.

LIZZIE.—Sí, claro...

SENADOR.—Mírame, Lizzie. (*La coge par los hombros.*) ¿Vas a continuar cumpliéndolo? ¿No irás defraudarla ahora?

LIZZIE.—¡No se preocupe! Cualquiera se vuelve atrás después de haber firmado: me meten en la cárcel. (*Una pausa.*) ¿Qué son esos gritos?

SENADOR.—Nada.

LIZZIE.—No puedo aguantarlos. (*Va a cerrar la ventana.*) Senador...

SENADOR.—¿Hija mía?

LIZZIE.—¿Está usted seguro de que no nos hemos equivocado, de que yo he hecho lo que debía hacer?

SENADOR.—Absolutamente seguro.

LIZZIE.—No sé; estaba que no daba pie con bola; me ha hecho usted un lío; piensa demasiado rápido para mí. ¿Qué hora es?

SENADOR.—Las once.

LIZZIE.—Todavía quedan ocho horas para que amanezca. No creo que pueda pegar ojo. (*Una pausa.*) Por las noches hace tanto calor como por el día. ¡Uf! (*Una pausa.*) ¿Y el negro?

SENADOR.—¿Qué negro? ¡Ah, perdona! Sí, lo están buscando.

LIZZIE.—¿Y que le harán? (*El SENADOR se encoge de hombros; los gritos aumentan. LIZZIE va a la ventana.*) Pero ¿qué son esos gritos? Están pasando hombres con linternas y perros. ¿Qué es? ¿Un desfile de antorchas? O... ¡Dígame lo que es, senador! ¡Dígame lo que pasa!

SENADOR.—Mi hermana me ha encargado que te entregue esto.

LIZZIE.—(*Vivamente.*) ¿Me ha escrito? (*Rompe el sobre, saca un billete de cien dólares, busca dentro la carta, no la encuentra, arruga el sobre y lo tira al suelo; su voz cambia.*) Cien dólares. Estará usted contento, ¿no? Su hijo me había prometido quinientos; ha sido un buen ahorro.

SENADOR.—Hija mía...

LIZZIE.—Puede darle las gracias a su señora hermana. Le dice que me hubiera gustado más un jarroncito o unas medias de «nylon», algo que ella se hubiera tomado la molestia de elegir. Pero es la intención lo que cuenta, ¿no es verdad? (*Una pausa.*) Me la han jugado bien. (*Se miran. El SENADOR se acerca.*)

SENADOR.—Te agradezco mucho lo que has hecho, hija mía. Tenemos que charlar un poco a solas. Estás atravesando una crisis moral y necesitas apoyo.

LIZZIE.—Lo que necesito es pasta, sobre todo; pero, en fin, creo que ya nos arreglaremos usted y yo. (*Una pausa.*) Hasta ahora siempre he preferido los viejos porque me parecían, no sé, más respetables; pero me empiezo a preguntar ahora si no serán todavía más guarros que los otros.

SENADOR.—(*Divertido.*) ¡Guarros! Me gustaría que mis colegas te oyeran. ¡Qué natural tan delicioso! Hay algo en ti, no sé, algo que tu vida desordenada no ha podido destruir. (*La acaricia.*) Sí. Sí. Hay algo... (*Ella se deja hacer, pasiva y despectiva.*) Yo volveré. No me acompañes. (*Sale. LIZZIE no se mueve. Pero coge el billete, lo arruga,*

lo tira al suelo, se deja caer en una silla y estalla en sollozos. Fuera, los alaridos se aproximan. Disparos a lo lejos. El negro sale de su escondite. Se planta ante ella. Ella levanta la cabeza y da un grito.)

ESCENA II

LIZZIE, el NEGRO.

LIZZIE.—¡Ah! (*Una pausa. Se levanta.*) Estaba segura de que vendrías.

Segura... ¿Por dónde has entrado?

NEGRO.—Por la ventana.

LIZZIE.—¿Y que quieres?

NEGRO.—Escóndame.

LIZZIE.—Ya te he dicho que no.

NEGRO.—¿No los oye, señora?

LIZZIE.—Sí.

NEGRO.—Es que ha empezado la caza.

LIZZIE.—¿Qué caza?

NEGRO.—La caza del negro.

LIZZIE.—¡Ya! (*Una larga pausa.*) ¿Estás seguro de que no te han visto entrar?

NEGRO.—Seguro.

LIZZIE.—¿Qué te harán si te cogen?

NEGRO.—Con gasolina.

LIZZIE.—¿Qué?

NEGRO.—Con gasolina. (*Hace un gesto explicativo.*) Me prenderán fuego.

LIZZIE.—Ya veo. (*Va a la ventana y echa las cortinas.*) Siéntate. (*El negro se deja caer en una silla.*) Tenías que venir precisamente a mi casa. Pero ¿es que no vais a dejarme tranquila nunca? (*Va hacia él, casi*

amenazadora.) ¡Me horrorizan los líos! ¿Comprendes? (*Golpeando con el pie.*) ¿Comprendes? ¡Me horrorizan! ¡Me horrorizan!

NEGRO.—Es que creen que yo le hice daño a usted, señora.

LIZZIE.—¿Y qué?

NEGRO.—Que no creo que vengan a buscarme aquí.

LIZZIE.—¿Sabes por qué quieren cazarte?

NEGRO.—Porque creen que yo le hice daño a usted.

LIZZIE.—¿Y sabes quién se lo ha dicho?

NEGRO.—No.

LIZZIE.—Yo misma. (*Un largo silencio. El negro la mira.*) ¿Qué piensas tú de eso?

NEGRO.—¿Y por qué ha hecho eso, señora? ¿Por qué lo ha hecho?

LIZZIE.—Es lo que me pregunto.

NEGRO.—No tendrán ninguna piedad conmigo. Me darán latigazos hasta que chorree sangre y vaciarán en mí las latas de gasolina. ¡Oh! ¿Por qué ha hecho una cosa así? Yo no le hice ningún mal.

LIZZIE.—¡Claro que me lo has hecho! ¡Y no te figuras hasta que punto! (*Una pausa.*) ¿No te dan ganas de estrangularme?

NEGRO.—Muchas veces fuerzan a la gente a decir lo contrario de lo que piensa.

LIZZIE.—Sí. Muchas veces. Y cuando no pueden forzarlas, las lían a base de discursos. (*Una pausa.*) Entonces, ¿qué? ¿No? ¿No me estrangulas? Que buen carácter tienes. (*Una pausa.*) Te voy a esconder hasta mañana por la noche. (*El hace un movimiento.*) Pero no me toques; no me gustan los negros. (*Gritos y disparos fuera.*) Se están acercando: (*Va a la ventana, aparta las cortinas y mira la calle.*) ¡Estamos listos!

NEGRO.—¿Qué hacen ahora?

LIZZIE.—Han puesto centinelas en los dos extremos de la calle y están registrando todas las casas. Y tú tenías que venir aquí. Es seguro que alguien te ha visto entrar en la calle. (*Mira de nuevo.*) Ahí están. Es por nosotros. Suben.

NEGRO.—¿Cuántos son?

LIZZIE.—Cinco o seis. Los demás esperan abajo. (*Vuelve hacia él.*) Pero no tiembles. ¡No tiembles, por el amor de Dios! (*Una pausa. A la pulsera.*) ¡Bicho asqueroso! (*La tira al suelo y la pateo.*) ¡Maldita serpiente! (*Al NEGRO.*) Tenías que venir precisamente aquí. (*Él se levanta y hace un movimiento para marcharse.*) Quédate. Si sales, estás aviado.

NEGRO.—Por los tejados.

LIZZIE.—¿Con esta luna? Puedes hacerlo, si tienes ganas de que te aticen. (*Una pausa.*) Vamos a esperar. Les quedan dos pisos por registrar antes que el nuestro. Y te estoy diciendo que no tiembles. (*Largo silencio. Ella pasea, nerviosa. El NEGRO está como aplastado en su silla.*) ¿No tienes armas?

NEGRO.—¡Oh! No.

LIZZIE.—Espera. (*Registra en un cajón y saca un revólver.*)

NEGRO.—¿Qué va a hacer con eso, señora?

LIZZIE.—Voy a abrirles la puerta y a decirles que entren. Ya son veinticinco años que me lían con el rollo ése de las madres viejecitas con su pelito blanco y los héroes de la guerra y la nación americana. Pero ya lo he comprendido todo y no me van a liar hasta el final.

Ahora les abro y les digo: «Sí, está aquí, ¿qué pasa? Está aquí, pero no ha hecho nada, me han sonsacado un falso testimonio. Juro por Dios que está en los cielos que él no ha hecho nada.»

NEGRO.—Seguro que no la creen.

LIZZIE.—Puede que no. Puede que no me crean; entonces tú les apuntas con el revólver y, si no se marchan, les pegas cuatro tiros.

NEGRO.—Pero vendrán otros.

LIZZIE.—Les disparas también. Y si ves entre ellos al hijo del senador, procura que no se te escape, porque ha sido él precisamente el que lo ha mangoneado todo. Estamos acorralados, ¿no es verdad? Y de todas maneras es nuestra última historia, porque, a ver, si te encuentran conmigo, no doy ni una perra por mi piel. Así que tanto mejor si la diña uno en numerosa compañía. (*Le tiende el revólver.*) ¡Toma esto! Te digo que lo cojas.

NEGRO.—Yo no puedo, señora.

LIZZIE.—¿Qué?

NEGRO.—No puedo disparar contra unos blancos.

LIZZIE.—¡Claro! No sea que se enfaden, ¿no?

NEGRO.—Son..., son blancos, señora.

LIZZIE.—¿Y qué? ¿Porque sean blancos tienen derecho a degollarte como un cerdo?

NEGRO.—Ellos son blancos.

LIZZIE.—¡Qué asco, madre mía! Mira, tú te me pareces un rato; eres tan imbécil como yo. En fin, si todo el mundo está de acuerdo, a mí...

NEGRO.—¿No..., no podría disparar usted, señora?

LIZZIE.—Ya te he dicho que yo también soy una imbécil. (*Se oyen pasos en la escalera.*) Ahí están. (*Risa breve.*) A mal tiempo, buena cara. (*Una pausa.*) Métete en el cuarto de baño. Y no te muevas. Contén la respiración. (*El NEGRO obedece. LIZZIE espera. Timbrazo. Ella se santigua, recoge la pulsera y va a abrir. HOMBRES con fusiles.*)

ESCENA III

LIZZIE, tres HOMBRES.

HOMBRE 1.º.—Buscamos al negro.

LIZZIE.—¿A qué negro?

HOMBRE 1.º.—Al que ha violado a una mujer en el tren; ése que ha herido al sobrino del senador a navajazos.

LIZZIE.—Pero ¡hombre!, en mi casa es el último sitio donde tienen que buscarlo. (*Una pausa.*) ¿No me reconocen?

HOMBRE 2.º.—Sí, sí, sí. Yo la vi bajar del tren anteayer.

LIZZIE.—Exacto. Porque es a mi a quien ha violado, ¿comprenden? (*Rumores. La miran con ojos llenos de estupor, codicia y una especie*

de horror. Retroceden ligeramente.) Si se presenta por aquí, se encontrará con esto. *(Ellos ríen.)*

UN HOMBRE.—¿No tiene gana de verlo ya colgado?

LIZZIE.—Vengan a buscarme cuando lo hayan encontrado, ¿eh?

UN HOMBRE.—No tardará mucho, guapita. Sabemos que está escondido en esta calle.

LIZZIE.—Pues buena suerte. *(Ellos salen. Ella cierra la puerta y va a dejar el revólver en la mesa.)*

ESCENA IV

LIZZIE; luego el NEGRO.

LIZZIE.—Ya puedes salir. *(El negro sale, se arrodilla y besa el bajo de su vestido.)* Ya te he dicho que no me toques. *(Lo mira.)* De todos modos, menudo tío debes de ser tú para tener toda una ciudad así, detrás de tus talones.

NEGRO.—Yo no he hecho nada, señora. Usted lo sabe.

LIZZIE.—Dicen que un negro siempre ha hecho alguna cosa.

NEGRO.—Nunca jamás. Yo, nunca. Nunca.

LIZZIE.—*(Se pasa la mano por la frente.)* Estoy hecha un lío, pero del todo. *(Una pausa.)* De todos modos, una ciudad entera no creo que pueda equivocarse completamente; algo habrá que... *(Una pausa.)* ¡A la mierda! Ya no comprendo nada.

NEGRO.—Es así, señora. Con los blancos siempre es así.

LIZZIE.—¿Tú también te sientes culpable?

NEGRO.—Sí, señora.

LIZZIE.—Pero no has hecho nada.

NEGRO.—No, señora.

LIZZIE.—Pero ¿qué tienen, a ver, para que uno esté siempre de su parte?

NEGRO.—Tienen que son blancos.

LIZZIE.—Yo también lo soy. (*Una pausa. Ruido afuera.*) Ya bajan. (*Se acerca instintivamente a él. Él está temblando, pero le pasa la mano por los hombros. Los pasos se alejan. Silencio. Ella se separa bruscamente.*) ¿Eh? ¿Qué decías? Estamos solos, ¿eh? Parecemos dos huérfanos. (*Llaman. Escuchan en silencio. Vuelven a llamar.*) Vete al cuarto de baño, ¡hale! (*Golpes en la puerta de entrada. El NEGRO se esconde. LIZZIE va a abrir.*)

ESCENA V

FRED, LIZZIE.

LIZZIE.—¿Tú estás loco o qué? ¿A qué viene llamar a mi puerta? No, aquí no entras tú; ya tengo bastante. ¡Vete, asqueroso! ¡Vete, vete! (*Él la empuja, cierra la puerta y la coge por los hombros. Largo silencio.*) ¿Qué pasa, a ver?

FRED.—¡Eres el Demonio!

LIZZIE.—¿No querías hundir la puerta para luego decirme eso? ¡Qué cabeza! ¿De dónde sales? (*Una pausa.*) Contesta.

LIZZIE.—Si das un paso, te liquido.

FRED.—¡Pues tira! ¡Venga, tira! Ya lo ves, no puedes. Una chica como tú «no puede» disparar contra un hombre como yo. ¿Quién eres tú, a ver? ¿Qué haces en el mundo? ¿Sabes ni siquiera quién fue tu abuelo? Yo tengo derecho a vivir; hay muchas cosas que hacer y me están esperando. Dame ese revólver. (*Ella se lo da; él lo guarda en su bolsillo.*) De lo que decías del negro, corría como un loco; se me ha escapado vivo. (*Una pausa. Le rodea los hombros con el brazo.*) Te instalaré en la colina, al otro lado del río, en una casa bonita con un parque. Te pasearás por el parque todo lo que quieras, pero te estará prohibido salir de allí; soy muy celoso. Iré a verte tres veces a la

semana, ya anochecido: el martes, el jueves y el sábado hasta el lunes. Tendrás criados negros y más dinero del que hayas podido soñar nunca, pero me tolerarás todos mis caprichos. ¡Y tendré muchos! (*Ella se abandona un poco más en sus brazos.*) ¿Es verdad lo que me dijiste de que yo..., que fuiste feliz conmigo? Contéstame. ¿Es verdad?

LIZZIE.—(*Con lasitud.*) Sí, es verdad.

FRED.—(*Golpeándole la mejilla.*) Entonces todo ha vuelto al orden. (*Una pausa.*) Me llamo Fred. (*Telón.*)

FIN DE
«LA PUTA RESPETUOSA»

A puerta cerrada

(Huis clos)

Obra en un acto

Personajes

INÉS

ESTELLE

GARCIN

El MOZO DEL PISO

Un salón estilo Segundo Imperio. Sobre la chimenea, una estatua de bronce.

Esta obra se estrenó en el Théâtre du Vieux-Colombier, de París, en mayo de 1944.

ACTO ÚNICO

ESCENA PRIMERA

GARCIN y el MOZO DEL PISO

GARCIN.—(*Entra y mira a su alrededor.*) Es aquí, ¿no?

MOZO.—Sí, aquí es.

GARCIN.—¿Una habitación así?

MOZO.—Sí, una habitación así.

GARCIN.—Bueno, a la larga..., a la larga probablemente se acostumbrará uno a los muebles.

MOZO.—Eso depende de las personas.

GARCIN.—¿Todas las habitaciones son por el estilo?

MOZO.—No, imagínese... Aquí nos vienen chinos, indios... ¿Qué quiere usted que hagan con un sillón Segundo Imperio?

GARCIN.—¿Y yo? ¿Qué quiere usted que haga yo? ¿Sabe quién era antes? En fin, no tiene importancia... Después de todo, siempre he vivido entre muebles que no me gustaban y en situaciones falsas; me gustaba horrores... Una situación falsa en un comedor Luis-Felipe, ¿qué le parece? ¿No le dice nada?

MOZO.—Tampoco está mal en un salón Segundo Imperio.

GARCIN.—¿Eh? Bueno, es igual... ¡Bien, bien, bien! (*Mira a su alrededor.*) Sin embargo, no me esperaba una cosa así... Seguro que usted sabe lo que se cuenta por allá.

MOZO.—¿De qué?

GARCIN.—De... (*Con un gesto vago y amplio.*) En fin, de todo esto.

MOZO.—¿Cómo ha podido creerse tales estupideces? Personas que nunca pusieron los pies aquí... Porque claro está que si hubieran venido una vez, ya no...

GARCIN.—¡Claro! (*Ríen. GARCIN vuelve a ponerse serio de pronto.*) ¿Dónde están los palos?

MOZO.—¿Cómo?

GARCIN.—Las... Esas estacas en punta, los palos... Y las parrillas ardientes, los..., los embudos, los...

MOZO.—¿Tiene ganas de broma?

GARCIN.—(*Mirándole.*) ¿Eh? ¡Ah, ya! No, no tengo ningunas ganas de bromas, no... (*Un silencio. Se pasea.*) Ni espejos ni ventanas, naturalmente. Nada que sea frágil. (*Con súbita violencia.*) ¿Y por qué me han quitado el cepillo de dientes? A ver.

MOZO.—Ya está con eso... En seguida ha recuperado la dignidad humana. Tiene gracia.

GARCIN.—(*Golpeando colérico el brazo del sillón.*) Le ruego que evite esas familiaridades. No ignoro nada de mi situación, pero no estoy dispuesto a soportar que usted...

MOZO.—Un momento, un momento. Perdóneme. Pero ¡qué quiere!, es que todos los clientes me hacen la misma pregunta. Primero me preguntan por los palos; y en ese momento le juro que no piensan para nada en su «toilette». Y en seguida, cuando se los ha tranquilizado, salen con el cepillo de dientes. Pero, por el amor de Dios, ¿no son capaces de reflexionar? Porque, en fin, yo puedo preguntarle: ¿para qué iba a limpiarse aquí los dientes?

GARCIN.—(*Calmado.*) Sí, es verdad, ¿para qué? (*Mira a su alrededor.*) ¿Y para qué iba a mirarse uno en un espejo? Mientras que la estatua de bronce, eso está bien... Me figuro que en algunos momentos lo miraré con todas mis fuerzas, con los ojos muy abiertos, ¿entiende? Bueno; en fin, no hay nada que ocultar; ya le digo que conozco perfectamente mi situación. ¿Quiere que le cuente cómo ha ocurrido?

El hombre se asfixia, se hunde, se ahoga; sólo su mirada está fuera del agua, y entonces, ¿qué ve? Una reproducción en bronce. ¡Qué pesadilla! Bueno, seguro que le han prohibido que me responda; así que no insisto. Pero acuérdesese de que no me han cogido desprevenido, ¿eh? No vaya luego a alardear de haberme dado una sorpresa; me enfrento con la situación cara a cara, ya lo ve. (*Vuelve a su paseo.*) Así que sin cepillo de dientes. Tampoco cama. Porque es seguro que no se duerme nunca, ¿verdad?

MOZO.—¡Qué cosas tiene!

GARCIN.—Lo hubiera apostado. ¿«Por qué» se iba a dormir? Te pican los ojos de sueño. Sientes que se te cierran, pero ¿por qué dormir? Te tumbas en el canapé y, ¡pafff!..., el sueño desaparece. Se frota uno los ojos, se levanta y todo vuelve a empezar.

MOZO.—¡Qué literario es usted!

GARCIN.—Calle. No voy a gritar, no va a oír de mí ni un gemido, pero quiero mirar la situación cara a cara; que no salte sobre mí por la espalda sin que yo pueda reconocerla. ¿Literario? Entonces, ¿qué? Que ni siquiera se siente necesidad de dormir... ¿Por qué dormir si no se tiene sueño? Está bien. Espere. Espere. ¿Y eso por qué es penoso? ¿Por qué va a ser forzosamente penoso? Sí, ya sé; es la vida sin ninguna interrupción.

MOZO.—¿Interrupción? ¿Qué es eso?

GARCIN.—(*Imitándolo.*) ¿Interrupción? ¿Qué es eso? (*Intrigado.*) A ver, míreme. ¡Ah, sí! Estaba seguro. Eso es lo que explica esa indiscreción grosera..., insostenible, de su mirada. Están..., están atrofiados.

MOZO.—Pero ¿de qué habla?

GARCIN.—De sus párpados. Nosotros..., bueno, nosotros cerrábamos los párpados. Se llamaba... un parpadeo: un relampaguito negro, un telón que cae y se levanta; el corte está hecho, la interrupción... El ojo se humedece, desaparece el mundo. No puede imaginarse lo..., lo refrescante que era. Cuatro mil descansos en una hora. Cuatro mil evasiones pequeñas. Y cuando digo cuatro mil... Entonces, ¿qué?

¿Voy a vivir sin párpados? No se haga el idiota: sin párpados, sin sueño, es todo lo mismo... Ya no dormiré más. Pero ¿cómo voy a soportarme? Intente comprender, haga un esfuerzo; tengo un carácter puntilloso... y me gusta darles mil vueltas a mis cosas, pero..., pero no puedo hacerlo sin tregua; allí..., allí había noches. Yo dormía. Tenía el sueño tranquilo... en compensación. Mis sueños eran muy simples. Había una pradera... Una pradera nada más. Soñaba que me paseaba por ella. ¿Es de día?

MOZO.—Ya ve: las lámparas están encendidas.

GARCIN.—Caramba. Esto es «vuestro» día. ¿Y afuera?

MOZO.—(*Aturdido.*) ¿Afuera?

GARCIN.—Sí, afuera. Al otro lado de los muros.

MOZO.—Hay un pasillo.

GARCIN.—¿Y al final del pasillo?

MOZO.—Otras habitaciones y otros pasillos, y escaleras.

GARCIN.—¿Y luego?

MOZO.—No hay nada más.

GARCIN.—Y..., bueno..., usted tendrá su día libre. ¿Adónde va?

MOZO.—Con mi tío, que es jefe de mozos en el tercer piso.

GARCIN.—Hubiera debido suponerlo. ¿Y el interruptor dónde está?

MOZO.—No hay.

GARCIN.—¿Cómo es eso? Entonces, ¿no se puede apagar la luz?

MOZO.—La Dirección puede cortar la corriente, pero yo no recuerdo que en este piso lo hayan hecho nunca. Tenemos electricidad a discreción.

GARCIN.—Ya. Así que hay que vivir con los ojos abiertos...

MOZO.—(*Irónico.*) Hombre, vivir...

GARCIN.—Bueno, no me va ahora a buscar las vueltas por una cuestión de vocabulario. Con los ojos abiertos. Para siempre. Habrá plena luz en mis ojos. Y en mi cabeza. (*Una pausa.*) ¿Y qué cree usted? ¿Que si yo tirara la estatua contra la lámpara se apagaría?

MOZO.—Pesa demasiado.

GARCIN.—(*Coge el bronce e intenta levantarlo.*) Tiene razón. Pesa demasiado. (*Un silencio.*)

MOZO.—Bueno, si no me necesita para nada más, voy a dejarle.

GARCIN.—(*Se sobresalta.*) ¿Se marcha ya? Hasta luego. (*El MOZO se vuelve.*) Eso es un timbre, ¿no? (*El MOZO asiente con un gesto.*) ¿Y... puedo llamarle cuando quiera y usted tiene la obligación de venir?

MOZO.—En principio, sí. Pero es muy caprichoso. Debe de haber algo anormal en su mecanismo. (*GARCIN se acerca al timbre y aprieta el botón. Suena.*)

GARCIN.—¡Funciona!

MOZO.—(*Asombrado.*) ¡Sí, funciona! (*También lo prueba él.*) Pero no se haga ilusiones; no puede durar mucho. Bien, a su disposición.

GARCIN.—(*Hace un gesto para retenerlo.*) Yo...

MOZO.—¿Eh?

GARCIN.—No, nada. (*Va a la chimenea y coge un cortapapeles.*) ¿Esto qué es?

MOZO.—Ya lo está viendo: un cortapapeles.

GARCIN.—¿Es que hay libros aquí?

MOZO.—No.

GARCIN.—Entonces, ¿para qué? (*El MOZO se encoge de hombros.*) Está bien. Márchese. (*Sale el MOZO.*)

ESCENA II

GARCIN, solo.

Va junto a la estatua y la acaricia con la mano. Se sienta. Vuelve a levantarse. Va al timbre y aprieta el botón. El timbre no suena. Lo intenta

dos o tres veces. Pero en vano. Entonces va a la puerta e intenta abrirla. La puerta resiste.

GARCIN.—¡Eh, oiga! ¡Que le estoy llamando! (*No hay respuesta. Entonces descarga puñetazos en la puerta llamando al MOZO. Después, súbitamente se calma y vuelve a sentarse. En ese momento la puerta se abre y entra INÉS, seguida por el MOZO.*)

ESCENA III

GARCIN, INÉS, el MOZO

MOZO.—(*A GARCIN*) ¿Me llamaba usted? (*GARCIN va a contestar, pero echa una mirada a INÉS.*)

GARCIN.—No.

MOZO.—(*Volviéndose a INÉS.*) Está usted en su casa, señora. (*Silencio de INÉS.*) Si tiene alguna pregunta que hacerme... (*INÉS no habla. Decepcionado.*) Lo normal es que los clientes deseen informarse... Pero no insisto. Por lo demás, en cuanto al cepillo de dientes, el timbre y la reproducción en bronce, aquí el señor está al corriente y puede contestarle tan bien como yo. (*Sale. Un silencio. GARCIN no mira a INÉS. Esta mira a su alrededor y de pronto se dirige bruscamente a GARCIN.*)

INÉS.—¿Y Florencia? (*Silencio de GARCIN*) Le pregunto qué pasa con Florencia. ¿Dónde está?

GARCIN.—Yo no sé nada.

INÉS.—¿Eso es todo lo que se les ha ocurrido? ¿La tortura por la ausencia? Pues conmigo han fallado. Florencia era una chica tonta y no lo lamento en absoluto.

GARCIN.—Permítame, señora. ¿Por quién me toma usted?

INÉS.—¿Usted? Usted es el verdugo.

GARCIN.—(*Se sobresalta y luego se echa a reír.*) ¡Qué equivocación tan divertida! ¡El verdugo, dice! Entra, me mira y piensa: «Éste es el verdugo.» ¡Qué cosa tan extravagante! Ese mozo es ridículo; hubiera debido presentarnos. ¡El verdugo! Perdón, me llamo José Garcin, publicista y hombre de letras. La verdad es que nos encontramos en el mismo caso. Señora...

INÉS.—(*Seca.*) Inés Serrano. Señorita.

GARCIN.—Muy bien. Estupendo. Ya se ha roto el hielo, ¿no? Así que, según usted, tengo el aspecto de un verdugo... ¿Y en qué se reconoce a los verdugos, quiere decírmelo?

INÉS.—En que parece que tienen miedo.

GARCIN.—¿Miedo? Es curioso. ¿Y de quién? ¿De sus víctimas?

INÉS.—¡Déjeme en paz! Sé lo que digo. Me he mirado al espejo y sé lo que digo.

GARCIN.—¿Al espejo? (*Mira a su alrededor.*) Es fastidioso: aquí han quitado todo lo que pudiera parecerse a un espejo. (*Una pausa.*) En todo caso, yo le puedo asegurar que no tengo miedo. No es que me tome la situación a la ligera; me encuentro consciente de su gravedad. Pero no tengo miedo.

INÉS.—(*Encogiéndose de hombros.*) Eso es cosa suya. (*Una pausa.*) ¿No se le ocurre de cuando en cuando irse a dar una vuelta por ahí?

GARCIN.—La puerta está cerrada con cerrojo.

INÉS.—Lo siento.

GARCIN.—Comprendo perfectamente que mi presencia la importune. Y, personalmente, también preferiría estar solo: tengo que poner en orden mi vida y necesito un poco de recogimiento. Pero estoy seguro de que podremos adaptarnos el uno al otro; yo no hablo, apenas me remuevo y hago muy poco ruido. Únicamente, en fin, si es que puedo permitirme un consejo, creo que debemos conservar entre nosotros una extremada cortesía. Ello constituiría, creo yo, nuestra mejor defensa.

INÉS.—Yo no soy una persona cortés.

GARCIN.—Lo seré yo por los dos, si me permite. (*Un silencio. GARCIN está sentado en el canapé. INÉS se pasea a lo largo y ancho de la habitación.*)

INÉS.—(*Mirándolo.*) Por favor, la boca.

GARCIN.—(*Sacado de su ensimismamiento.*) ¿Qué?

INÉS.—¿No podría estarse quieto con la boca? Da vueltas como una peonza ahí, debajo de su nariz.

GARCIN.—Le pido perdón; no me daba cuenta.

INÉS.—Eso es lo malo. (*Tic de GARCIN*) ¡Otra vez! Tiene usted la pretensión de ser una persona bien educada y no se cuida de sus gestos. Pero no está usted solo y no tiene derecho a imponerme el espectáculo de su miedo. (*GARCIN se levanta y va hacia ella.*)

GARCIN.—¿Y usted no tiene miedo?

INÉS.—¿Y para qué? El miedo estaba bien «antes», cuando aún teníamos esperanza.

GARCIN.—(*Suavemente.*) Ya no hay esperanza, es cierto, pero seguimos estando «antes». Todavía no hemos empezado a sufrir, señorita.

INÉS.—Ya lo sé. (*Una pausa.*) ¿Y entonces? ¿Qué va a venir ahora?

GARCIN.—Yo no lo sé. Me limito a esperar. (*Un silencio. GARCIN vuelve a sentarse. INÉS vuelve a su paseo. GARCIN tiene el tic de la boca. A una mirada de INÉS, oculta el rostro entre sus manos. Entran ESTELLE y el MOZO.*)

ESCENA IV

INÉS, GARCIN, ESTELLE, el MOZO

ESTELLE.—(*Mirando a GARCIN, que no ha levantado la cabeza.*) ¡No! ¡No, no, no alces la cabeza! ¡Sé lo que ocultas en tus manos, sé que no

tienes nada ahí; que tu cara ha desaparecido! (GARCIN *retira sus manos.*) ¡Ah! (*Una pausa. Con sorpresa.*) No..., no le conozco.

GARCIN.—Yo no soy el verdugo, señora.

ESTELLE.—No, no le tomaba por el verdugo. Es que... creía que alguien quería gastarme una broma. (*Al MOZO.*) ¿Esperan a alguien más aún?

MOZO.—No, ya no vendrá nadie más.

ESTELLE.—(*Aliviada.*) ¡Ah! Entonces, ¿vamos a estar solos el señor, la señora y yo? (*Se echa a reír.*)

GARCIN.—No hay ninguna razón para reírse.

ESTELLE.—(*Sigue riendo.*) ¡Y qué canapés tan horribles! Y miren cómo los han colocado. Me parece como si fuera el primero de año y estuviera de visita en casa de mi tía María. Cada uno tiene el suyo, supongo. ¿Éste es el mío? (*Al MOZO.*) Imposible: nunca podré sentarme en él; es espantoso; yo voy de azul celeste y éste es verde espinaca. ¡Qué horror!

INÉS.—¿Prefiere el mío? Si lo quiere...

ESTELLE.—¿Ese burdeos? Es usted muy amable, pero apenas cambia la cosa. No, ¡qué se le va a hacer! Cada uno su lote, ¡qué remedio! ¿Me ha tocado el verde? Pues me quedo con él. (*Una pausa.*) El único que, en rigor, no iría mal es el del señor. (*Un silencio.*)

INÉS.—¿Lo oye, Garcin?

GARCIN.—(*Se sobresalta.*) ¡Ah! El..., el canapé. Perdón. (*Se levanta.*) Es suyo, señora.

ESTELLE.—Gracias. (*Se quita el abrigo y lo echa en el canapé. Una pausa.*) Démonos a conocer, ¿no?, puesto que vamos a vivir juntos. Yo soy Estelle Rigault. (GARCIN *se inclina y va a presentarse, pero INÉS pasa delante de él.*)

INÉS.—Inés Serrano. Encantada.

GARCIN.—(*Se inclina de nuevo.*) José Garcin.

MOZO.—¿Me necesitan todavía para algo?

ESTELLE.—No, no; puede irse. Ya le llamaré. (*El MOZO se inclina y sale.*)

ESCENA V

INÉS, GARCIN, ESTELLE

INÉS.—Es usted una chica muy guapa, Estelle. Siento que no haya flores aquí para darle la bienvenida.

ESTELLE.—¿Flores? Sí, me gustaban mucho las flores. Pero aquí se secarían en seguida; hace demasiado calor. ¡Bah! Lo esencial, ¿no les parece?, es conservar el buen humor. Usted hace poco que...

INÉS.—Sí, la semana pasada. ¿Y usted?

ESTELLE.—¿Yo? Ayer mismo. La ceremonia no ha terminado aún; figúrese. (*Habla con mucha naturalidad, pero como si viera lo que describe.*) El viento está enredando el velo de mi hermana. La pobre hace lo que puede por llorar. ¡Venga! ¡Venga! Un esfuerquito más. ¡Ya, ya está, mujer! Dos lágrimas, dos lagrimitas que brillan debajo del crespón. Está sosteniendo a mi hermana por el brazo. No llora por miedo de que el rímel..., y tengo que decir que yo misma en su lugar... Era mi mejor amiga, ¿sabe?

INÉS.—¿Ha sufrido usted mucho?

ESTELLE.—No. Estaba medio atontada.

INÉS.—¿Qué..., qué ha sido?

ESTELLE.—Una neumonía. (*El mismo juego que antes.*) Bueno, ya se acabó; se van. ¡Buenos días! ¡Buenos días! ¡Cuántos apretones de mano, qué barbaridad!... Mi marido está enfermo de la pena y se ha quedado en casa. (*A INÉS.*) ¿Y usted?

INÉS.—El..., el gas.

ESTELLE.—¿Y usted, señor?

GARCIN.—Doce balas en el cuerpo. (*Gesto de ESTELLE.*) Perdóneme. No soy un muerto muy agradable.

ESTELLE.—Por favor, querido señor, sólo con que procure no emplear esas palabras tan crudas... Es..., es desagradable. Y además, a fin de cuentas, ¿qué quiere decir con eso? Es posible que nunca hayamos estado tan vivos como ahora. Pero, en fin, cuando sea absolutamente preciso nombrar este..., este estado de cosas, propongo que nos llamemos... ausentes; será más correcto. ¿Está usted ausente desde hace mucho?

GARCIN.—Aproximadamente un mes.

ESTELLE.—¿De dónde es?

GARCIN.—De Río.

ESTELLE.—Yo, de París. ¿Le queda alguien todavía allí?

GARCIN.—Mi mujer. (*El mismo juego que ESTELLE.*) Ha venido al cuartel como todos los días; no la dejan entrar. Ella mira entre los barrotes de la reja. Todavía no sabe que yo estoy... ausente, pero se lo figura. Ahora se marcha. Va toda de negro. Mejor; así no tendrá que cambiarse... No llora; no lloraba nunca. Hace un sol magnífico y ella está ahí, de negro, en la calle desierta, con sus grandes ojos de víctima. ¡Ah! Cómo me fastidia. (*Un silencio. GARCIN va a sentarse en el canapé de en medio y oculta la cabeza entre las manos.*)

INÉS.—¡Estelle!

ESTELLE.—¡Señor Garcin! ¡Señor Garcin!

GARCIN.—¿Eh? ¿Qué pasa?

ESTELLE.—Se ha sentado en mi canapé.

GARCIN.—Perdón. (*Se levanta.*)

ESTELLE.—Está tan..., tan ensimismado.

GARCIN.—Estoy poniendo mi vida en orden. (*INÉS se echa a reír.*) Los que se ríen harían bien tratando de imitarme.

INÉS.—Mi vida está en orden. Completamente en orden. Se puso en orden ella sola allí, así que no tengo que preocuparme de eso.

GARCIN.—Sí, ¿verdad? ¿Y le parece tan sencillo? (*Se pasa la mano por la frente.*) ¡Qué calor! ¿Me permiten? (*Va a quitarse la chaqueta.*)

ESTELLE.—¡Por favor, no! (*Más suavemente.*) No... Me horrorizan los hombres en mangas de camisa.

GARCIN.—(*Movimiento inverso.*) Está bien. (*Una pausa.*) Yo me pasaba las noches en las salas de redacción. Hacía siempre un calor infernal. (*Una pausa. El mismo juego que antes.*) «Hace» un calor infernal. Es de noche.

ESTELLE.—¡Ah!, sí, mira, es de noche ya. Olga se está desnudando. ¡Qué rápido pasa el tiempo en la Tierra!

INÉS.—Es de noche. Han precintado la puerta de mi habitación. Y la habitación está vacía en la oscuridad.

GARCIN.—Han dejado las chaquetas en el respaldo de las sillas y se han subido las mangas de las camisas por encima de los codos. Huele a hombres y a tabaco. (*Un silencio.*) Me gusta vivir entre hombres en mangas de camisa.

ESTELLE.—(*Secamente.*) Sí, no tenemos los mismos gustos, y ésa es una prueba de ello. (*Hacia INÉS.*) ¿Y a usted le gustan los hombres en camisa?

INÉS.—En camisa o no, no me gustan mucho los hombres, ¿sabe?

ESTELLE.—(*Mirando a los dos con estupor.*) Pero ¿por qué, me pregunto yo, «por qué» nos han reunido?

INÉS.—(*Con una risa ahogada.*) ¿Qué dice usted?

ESTELLE.—No sé; los miro y pienso que vamos a continuar juntos... Yo me esperaba encontrar amigos o gente de la familia.

INÉS.—¡Ah, sí! Un buen amigo con un agujero en medio de la cara.

ESTELLE.—También a ése. Bailaba los tangos como un profesional. Pero a nosotros, «a nosotros», ¿por qué?

GARCIN.—No hay ningún misterio; es el azar. Los van colocando donde pueden, según el orden de su llegada. (*A INÉS.*) ¿Por qué se ríe?

INÉS.—Porque me hace gracia con eso del azar. ¿Tanta necesidad tiene de tranquilizarse? No, no dejan nada al azar, no crea.

ESTELLE.—(*Tímidamente.*) ¿No..., no nos habremos visto antes en algún sitio?

INÉS.—Nunca. No la hubiera olvidado.

ESTELLE.—O puede ser que tengamos relaciones comunes... ¿Ustedes no conocen a los Dubois-Seymour?

INÉS.—No creo.

ESTELLE.—Reciben a todo el mundo.

INÉS.—¿Y a qué se dedican?

ESTELLE.—(*Sorprendida.*) A nada. Tienen un castillo en Corrèze y...

INÉS.—Yo era empleada de Correos.

ESTELLE.—(*Con un pequeño gesto de disgusto.*) ¡Ah! ¿Así que, en efecto, no...? (*Una pausa.*) ¿Y usted, señor Garcin?

GARCIN.—Yo nunca salí de Río.

ESTELLE.—En ese caso, tiene razón absolutamente: sólo el azar nos ha reunido.

INÉS.—El azar. Entonces esos muebles están ahí por azar. El que el canapé de la derecha sea verde espinaca y el de la izquierda burdeos, es por azar... ¿Verdad que sí? Está bien; pues intenten cambiarlos de sitio y ya me dirán lo que ocurre... Y esa estatua también un azar, ¿no es eso? ¿Y este calor también? ¿Este calor? (*Un silencio.*) Les digo que lo han preparado todo. Hasta en sus menores detalles..., y con amor. Esta habitación nos esperaba así.

ESTELLE.—¡Qué cosas dice! Todo es tan feo aquí, tan duro, tan anguloso. Yo no podía con los ángulos.

INÉS.—(*Encogiéndose de hombros.*) ¿Y qué se cree? ¿Que yo vivía en un salón Segundo Imperio? (*Una pausa.*)

ESTELLE.—Entonces, ¿qué? ¿Todo estaba previsto?

INÉS.—Todo. Y nosotros encajamos bien.

ESTELLE.—Que sea «usted» y «yo» precisamente, una frente a la otra, ¿no hay un azar en eso? (*Una pausa.*) ¿Y qué esperan?

INÉS.—Yo no lo sé. Pero esperan.

ESTELLE.—Yo no puedo aguantar que alguien espere algo de mí. En seguida me da gana de hacer lo contrario.

INÉS.—¡Pues hágalo! ¡Hágalo, a ver! ¡Si ni siquiera sabe lo que quiere!

ESTELLE.—Es insoportable. ¿Y a mí tiene que ocurrirme algo por ustedes? (*Los mira.*) Por ustedes. Había caras que en seguida me decían algo. Pero las de ustedes no me dicen nada, nada.

GARCIN.—(*Bruscamente, a INÉS.*) A ver, ¿por qué estamos juntos? Usted ha dicho ya muchas cosas; llegue hasta el final.

INÉS.—(*Extrañada.*) ¿Yo? Yo no sé absolutamente nada.

GARCIN.—«Hay» que saberlo. (*Reflexiona un instante.*)

INÉS.—Tan sólo con que cada uno de nosotros tuviera el valor de decir...

GARCIN.—¿Qué?

INÉS.—¡Estelle!

ESTELLE.—¿Qué hay?

INÉS.—¿Qué ha hecho usted? ¿Por qué la han traído aquí?

ESTELLE.—(*Vivamente.*) Yo no sé nada, nada absolutamente... Hasta me pregunto si no habrá sido un error. (*A INÉS.*) No se sonría así. Piense en la cantidad de personas que..., que se ausentan cada día que pasa. Llegan aquí por millones y no se encuentran más que subalternos, empleados sin ninguna instrucción. ¿Cómo quieren que no haya errores? No, no se sonría así... (*A GARCIN.*) Diga usted alguna cosa, vamos. Si se han equivocado en mi caso, también pueden haberse equivocado en el suyo. (*A INÉS.*) Y en el suyo también. ¿No es mejor creer que estamos aquí por un error?

INÉS.—¿Es todo lo que tiene que decirnos?

ESTELLE.—¿Qué más quieren saber? No tengo nada que ocultar. Yo era huérfana y pobre... Cuidaba de mi hermano pequeño. Un viejo amigo de mi padre me pidió en matrimonio. Era un hombre rico y bueno... y acepté. ¿Qué hubiera hecho otra persona en mi lugar? Mi hermano estaba enfermo y su salud exigía los mayores cuidados. Viví seis años con mi marido sin una sombra... Hace dos años me encontré con una persona a la que quise verdaderamente. Nos reconocimos en seguida. Quería que me fuera con él, pero yo no quise. Después de eso, tuve la neumonía; y eso es todo. Claro que alguien podría reprocharme, en virtud de ciertos principios, que haya sacrificado mi juventud a un hombre viejo, no sé... (*A GARCIN.*) ¿Cree usted que eso sea una falta?

GARCIN.—Desde luego que no. (*Una pausa.*) ¿Y a usted le parece que sea una falta el que uno viva según sus propios principios?

ESTELLE.—¿Quién podría reprocharle una cosa así?

GARCIN.—Yo dirigía un diario pacifista. Estalla la guerra. ¿Qué hacer? Todo el mundo tenía los ojos clavados en mí. «¿Se atreverá?» Pues bien: sí me atreví. Me crucé de brazos y me fusilaron. ¿Dónde está la falta? A ver, ¿dónde está la falta?

ESTELLE.—(*Le pone la mano en el brazo.*) No hay ninguna falta. Usted es...

INÉS.—(*Termina, irónicamente.*) Un héroe. ¿Y su mujer, Garcin?

GARCIN.—¿Qué pasa con ella? La saqué del arroyo, como se dice.

ESTELLE.—(*A INÉS.*) ¡Ya lo ve! ¡Ya lo ve!

INÉS.—Sí, ya veo. (*Una pausa.*) ¿Para quién representan la comedia? Estamos en familia.

ESTELLE.—(*Con insolencia.*) ¿En qué familia?

INÉS.—En la de los asesinos, quiero decir. Estamos en el infierno, nenita, y nunca se producen errores; a la gente no se la condena por nada.

ESTELLE.—Cállese.

INÉS.—¡En el infierno! ¡Condenados! ¿Lo oyen? ¡Condenados!

ESTELLE.—Cállese, por favor. ¿Quiere callarse de una vez? Le prohíbo que emplee palabras tan groseras.

INÉS.—Está condenada la santita. Condenado el héroe irreproachable. Todos tuvimos nuestro momento de placer, ¿no es cierto? Hay gentes que han sufrido por nuestra causa hasta la muerte, y eso nos divertía mucho, ¿no? Pues ahora hay que pagarlo.

GARCIN.—(*Levanta la mano.*) ¿Se va a callar o no?

INÉS.—(*Lo mira sin miedo, pero con inmensa sorpresa.*) ¡Ah, ya sé! (*Una pausa.*) ¡Espere! Ya lo he comprendido. ¡Ya sé por qué nos han puesto juntos! ¡Ya lo sé!

GARCIN.—Tenga cuidado con lo que va a decir.

INÉS.—Van a ver cómo es una tontería, ¡una solemne tontería! No tenemos tortura física, ¿verdad? Y, sin embargo, estamos en el infierno. Y nadie tiene que venir. Nadie. Estaremos nosotros solos y juntos para siempre, ¿no? En resumen, aquí falta alguien: el verdugo.

GARCIN.—(*A media voz.*) Ya lo sé, sí.

INÉS.—Es fácil, han hecho economías en el personal; eso es todo. Los mismos clientes hacen el servicio, como en esos restaurantes

cooperativos.

ESTELLE.—¿Qué quiere decir?

INÉS.—El verdugo es cada uno de nosotros para los demás. (*Una pausa asimilando la noticia.*)

GARCIN.—(*Al fin, con una voz suave.*) Yo no seré nunca un verdugo. No les deseo ningún mal y no tengo nada que ver con ustedes. Nada. Es muy fácil lo que hay que hacer; que cada uno se quede en su rincón: usted allí, usted ahí y yo aquí. Y silencio. Ni una sola palabra. No es difícil, ¿verdad? Cada uno tiene ya bastante consigo mismo. Yo creo que podría quedarme diez mil años sin hablar.

ESTELLE.—¿Qué tengo yo que hacer? ¿Callarme?

GARCIN.—Sí; y nos..., nos habremos salvado. Callarse. Mirar dentro de sí, no levantar nunca la cabeza. ¿Estamos de acuerdo?

INÉS.—Sí, de acuerdo.

ESTELLE.—(*Duda un momento.*) Bueno, de acuerdo.

GARCIN.—Entonces, adiós. (*Va a su canapé y oculta el rostro entre las manos. Silencio. INÉS se pone a cantar para sí misma.*)

INÉS.—

*Dans la rue des Blancs-Manteaux
ils ont levé des tréteaux
et mis du son dans un seau.
Et c'était un échafaud
dans la rue des Blancs-Manteaux.*

*Dans la rue des Blancs-Manteaux
le bourreau s'est levé tôt.
C'est qu'il avait du boulot.
Faut qu'il coupe des Généraux,
des Evêques, des Amiraux
dans la rue des Blancs-Manteaux.*

*Dans la rue des Blancs-Manteaux
sont v'nues des dames comme il faut*

*avec des beaux affutiaux,
mais la tête leur f'sait défaut.
Elle avait roulé de son haut
la tête avec le chapeau
dans le ruisseau des Blancs-Manteaux.*

(Durante la canción, ESTELLE se pone polvos y rojo de labios. Ahora busca un espejo a su alrededor, inquieta. Registra en su bolso y luego se vuelve hacia GARCIN.)

ESTELLE.—Señor, ¿no tendrá un espejo? (GARCIN *no contesta.*) Un espejito de bolsillo, cualquier cosa. (GARCIN *no contesta.*) Si me va a dejar sola, procúrese por lo menos un espejo. (GARCIN *sigue con el rostro entre las manos, sin responder.*)

INÉS.—(Con precipitación.) Yo tengo un espejito aquí, en mi bolso. (Busca en él. Decepcionada.) Ya no lo tengo. Han debido de quitármelo en el registro de entrada.

ESTELLE.—¡Qué fastidio! (Una pausa. Cierra los ojos y vacila. INÉS se precipita, y la sostiene.)

INÉS.—¿Qué le sucede?

ESTELLE.—(Vuelve a abrir los ojos y sonríe.) Me siento rara. (Se palpa.) ¿No le ocurre a usted algo parecido? Cuando no me veo, tengo que palparme... Me pregunto si existo verdaderamente.

INÉS.—Tiene usted suerte. Yo me siento siempre desde el interior.

ESTELLE.—¡Ah, sí!... Desde el interior. Pero todo lo que pasa dentro de las cabezas es tan vago... Me da sueño... (Una pausa.) Yo tengo seis espejos grandes en mi dormitorio. Los veo. Yo los veo. Pero ellos no me ven a mí. Reflejan la coqueta, la alfombra, la ventana... ¡Qué vacío está un espejo en el que yo no estoy! Cuando hablaba, me las arreglaba para que hubiera siempre uno en el que poder mirarme. Hablaba, me veía hablar. Me veía tal y como los demás me veían, y eso me mantenía despierta. (Con desesperación.) ¡El carmín! Seguro

que me lo he puesto mal. Sea como fuere, no puedo quedarme sin espejo para toda la eternidad.

INÉS.—¿Quiere que yo..., que yo misma le sirva de espejo? Venga, venga; la invito a mi casa. Siéntese aquí, en mi canapé.

ESTELLE.—(*Señala a GARCIN.*) Es que...

INÉS.—No nos preocupemos por él...

ESTELLE.—Pero vamos a hacernos daño. Usted misma lo ha dicho.

INÉS.—No; vamos, mujer... ¿Tengo yo el aspecto de querer perjudicarla?

ESTELLE.—Pero nunca se sabe...

INÉS.—Más bien serás tú la que me haga daño a mí... Pero eso, ¿qué puede importarme? Si tengo que sufrir, qué más me da que seas tú... Siéntate, anda. Acércate. Más aún. Mírate en mis ojos. ¿Qué ves en ellos?

ESTELLE.—Soy muy pequeñita. Me veo muy mal.

INÉS.—Pero yo sí te veo a ti. De cuerpo entero... Anda, hazme preguntas. Ningún espejo te sería más fiel. (ESTELLE, *molesta, se vuelve hacia GARCIN como para pedirle ayuda.*)

ESTELLE.—¡Señor! ¡Señor! ¿No le molestaremos con nuestra charla? (GARCIN *no contesta.*)

INÉS.—Déjalo. Él ya no cuenta; estamos solos. Pregúntame.

ESTELLE.—¿Me he pintado bien los labios?

INÉS.—Déjame ver. No, no muy bien.

ESTELLE.—Me lo figuraba. Afortunadamente (*Mirada a GARCIN.*) No me ha visto nadie. Voy a hacerlo otra vez.

INÉS.—Es mejor. No. Sigue la línea de los labios; voy a guiarte. Así, así. Ahora está bien.

ESTELLE.—¿Tan bien como antes, cuando entré?

INÉS.—Mejor. Más denso, más cruel. Unos labios para el infierno.

ESTELLE.—¡Ah! ¿Y eso está bien? ¡Qué rabia, no puedo juzgarlo por mí misma! ¿Me jura que ha quedado bien?

INÉS.—¿No quieres que nos tuteemos?

ESTELLE.—¿Me juras que ha quedado bien?

INÉS.—Eres muy guapa.

ESTELLE.—Pero ¿tiene usted buen gusto? Por lo menos, ¿tiene «mi» gusto?
¡Ah, qué fastidio, qué desagradable!

INÉS.—Tengo tu gusto, puesto que me gustas. Mírame bien. Sonríeme. Yo tampoco soy fea. ¿No valgo más que un espejito yo?

ESTELLE.—No..., no lo sé. Usted me intimida. Mi imagen, en los espejos, estaba... domesticada. La conocía tan bien... Ahora, si voy a sonreír, mi sonrisa irá al fondo de sus pupilas y Dios sabe en qué se convertirá en ellas.

INÉS.—¿Y quién te impide domesticarme a mí? (*Se miran. ESTELLE sonríe, un poco fascinada.*) ¿Decididamente no quieres tutearme?

ESTELLE.—Me cuesta trabajo tutear a las mujeres.

INÉS.—Y especialmente a las empleadas de Correos, me supongo... ¿No?
Pero ¿qué tienes ahí, en la mejilla, más abajo? ¿Es una mancha roja?

ESTELLE.—(*Se sobresalta.*) ¡Una mancha roja! ¡Qué horror! ¿Dónde?

INÉS.—¡Ah, ya ves, ya ves! Me he convertido en el espejo de las chicas bonitas; ya lo ves, guapa: te he ganado. No tienes ninguna mancha roja, nada absolutamente. ¿Eh? ¿Si el espejo se pusiera a mentir? O si a mí me diera por cerrar los ojos, si me negara a mirarte, ¿qué harías tú entonces con toda esa belleza? No, no tengas miedo: tengo que mirarte, mis ojos estarán abiertos de par en par... Y yo seré buena contigo, buena... Pero tú me hablarás de tú. (*Una pausa.*)

ESTELLE.—¿De verdad te gusto?

INÉS.—Mucho. (*Una pausa.*)

ESTELLE.—(*Indicando a GARCIN con un gesto.*) Me gustaría que él también me mirara.

INÉS.—Porque es un hombre. (*A GARCIN.*) Ha ganado usted. (*GARCIN no contesta.*) ¿Qué hace que no la mira? (*GARCIN no contesta.*) Deje de hacer teatro; no se ha perdido ni una palabra de lo que hemos estado diciendo aquí.

GARCIN.—(*Levanta bruscamente la cabeza.*) Tiene razón, ni una sola palabra; por mucho que me he hundido los dedos en los oídos,

ustedes hablaban dentro de mi cabeza. ¿Y ahora quieren dejarme, por favor? No tengo nada que resolver con ustedes.

INÉS.—¿Con la chica tampoco? Ya he visto su truco. Si ha tomado esa actitud interesante, ha sido para que ella caiga, ¿o qué se cree?

GARCIN.—Le digo y le repito que me dejen. Están hablando de mí en el periódico y quisiera escucharlo. Me importa un bledo la chica, si es que eso puede tranquilizarla. ¿Entiende?

ESTELLE.—Muchas gracias.

GARCIN.—No quería ser grosero; perdone.

ESTELLE.—¡Lo ha sido! (*Una pausa. Están los tres en pie, enfrentados.*)

GARCIN.—Ya está otra vez. (*Una pausa.*) Les había suplicado que se callaran.

ESTELLE.—Ha sido ella la que ha empezado. Ha venido a ofrecerme su espejo, cuando yo no le había pedido nada.

INÉS.—Nada. Sólo que tú le estabas provocando y le hacías visajes para que te mirara.

ESTELLE.—¿Y qué?

GARCIN.—Pero ¿están locas? Entonces es que no se dan cuenta adónde vamos. Pero, por lo menos, cállense. (*Una pausa.*) Vamos a volver a sentarnos tranquilamente... Nos taparemos los ojos, y cada uno intentará olvidar la presencia de los demás. Yo se lo ruego. (*Una pausa. Vuelve a sentarse. Ellas vuelven a su sitio con paso vacilante. INÉS se vuelve bruscamente.*)

INÉS.—¡Sí, olvidarse! ¡Qué puerilidad! Los siento hasta por dentro de mis huesos. El silencio de ustedes me grita en los oídos. Pueden coserse la boca o cortarse la lengua, qué más da: a pesar de todo, ¿no seguirán existiendo? ¿No seguirán pensando? Ese pensamiento yo lo oigo: hace «tictac», como un despertador, y ustedes también oyen el mío. Qué más me da que usted se quede encogido ahí en su rinconcito; está en todas partes: los sonidos me llegan sucios porque usted los ha escuchado antes al pasar. Hasta la cara me ha robado: usted la conoce y yo no. ¿Y a ella? A ella también me la ha robado. Si estuviéramos solas, ¡qué se cree usted!, ¿que ésa se atrevería a

tratarme como me trata? No, no; basta ya; quítese esas manos de la cara. No le voy a dejar; sería demasiado cómodo para usted. Aunque se quedara ahí, insensible, hundido en sí mismo como un buda; aunque yo pudiera cerrar los ojos, sentiría cómo ella le dedica todos los rumores de su vida, hasta los roces de su vestido, y que le envía sonrisas que usted no llega a ver... ¡Eso sí que no! Yo quiero elegir mi propio infierno; quiero mirarlos a plena luz y luchar a cara descubierta.

GARCIN.—Está bien. Me figuro que teníamos que llegar a esto; nos han manejado como a niños. Si por lo menos me hubieran puesto con hombres... Los hombres saben callarse. Pero no hay que exigir demasiado. (*Va junto a ESTELLE y le acaricia la barbilla.*) ¿Qué pasa, chica? ¿Es verdad que te gusto? Parece que me echabas cada mirada...

ESTELLE.—No me toque.

GARCIN.—¡Bah!, hablemos con confianza. A mí me gustaban mucho las mujeres, ¿sabes? Y yo les gustaba a ellas. Así que tú, tranquila... Ya no tenemos nada que perder. Educación, ceremonias, ¿para qué? ¡Entre nosotros! En seguida vamos a estar tan desnudos como gusanos.

ESTELLE.—¡Bueno, déjeme!

GARCIN.—Como gusanos... No digan que no les había prevenido. Y no les pedía nada; sólo la paz, un poco de silencio. Me había tapado los oídos con las manos. Gómez hablaba, en pie entre las mesas, y los compañeros del periódico le escuchaban. En mangas de camisa. Trataba de comprender lo que decían, pero era difícil: los acontecimientos de la Tierra pasan tan de prisa... Y qué, ¿es que no podían callarse? Ahora ya se acabó; ya no habla. Lo que piensa de mí ha vuelto a su cabeza. Bueno, está bien; tendremos que llegar hasta el fin. Desnudos como gusanos; quiero saber con quién tengo que habérmelas.

INÉS.—Lo sabe. Ahora ya lo sabe.

GARCIN.—No; mientras que cada uno de nosotros no confiese por qué lo han condenado, es como si no supiéramos nada. A ver, tú, la rubia; empieza tú. ¿Por qué? Dinos por qué, anda; tu franqueza puede evitar alguna catástrofe; cuando conozcamos a nuestros monstruos, entonces... Vamos, vamos, ¿por qué?

ESTELLE.—Ya he dicho que lo ignoro. No han querido decírmelo.

GARCIN.—Ya sé. A mí tampoco me han querido contestar. Pero yo me conozco bien. ¿Qué pasa? ¿Tienes miedo de hablar tú la primera? Está bien. Voy a empezar yo. (*Un silencio.*) Yo no soy ninguna belleza.

INÉS.—¡Bueno! Ya sabemos que desertó.

GARCIN.—Deje eso. No vuelva a hablar de eso. Estoy aquí porque torturaba a mi mujer; ésa es la cosa. Durante cinco años. Ahí está: en cuanto hablo de ella, ya la veo. Lo que me interesa es Gómez, pero la veo a ella. ¿Dónde estará Gómez? Durante cinco años. Imagínense, acaban de devolverle mis efectos. Está sentada cerca de la ventana y ha puesto mi chaqueta sobre sus rodillas. La chaqueta tiene doce agujeros. La sangre parece como herrumbre. Los bordes de los agujeros están chamuscados. ¡Ah, sí! Es una pieza de museo, una chaqueta histórica. ¡Y yo llevaba eso! ¿Llorarás? ¿Terminarás llorando? Yo volvía a casa borracho como un cerdo, oliendo a vino y a mujeres. Ella me había estado esperando toda la noche; pero no lloraba. Ni una palabra de reproche; con naturalidad. Únicamente sus ojos. ¡Sus enormes ojos! No me arrepiento de nada. Voy a pagarlo bien, pero no me arrepiento de nada. Fuera está lloviendo. ¿Llorarás por fin? Es una mujer que tiene vocación de mártir.

INÉS.—(*Casi dulcemente.*) ¿Y por qué le hacía sufrir?

GARCIN.—Porque era fácil. Bastaba una palabra para hacerla cambiar de color; era una sensitiva. ¡Ah! ¡Ni un reproche siquiera! Yo soy muy tozudo. Esperaba, seguía esperando. Pero qué va, ni una lágrima, ni un solo reproche. Es que yo la había sacado del arroyo, ¿comprenden? Ahora pasa la mano por la chaqueta sin mirarla. Sus dedos buscan a ciegas los agujeros en la tela. ¿Qué esperas? Vamos a

ver, ¿qué esperas? Ya te digo que no me arrepiento de nada. En fin, es que me admiraba demasiado. ¿Comprende?

INÉS.—No. A mí nadie me ha admirado nunca.

GARCIN.—Mejor. Mucho mejor para usted. Entonces todo esto debe parecerle abstracto. Pues mire, voy a contarle una anécdota: yo, bueno, yo había instalado en mi casa a una mulata. ¡Qué noches! Mi mujer dormía en el primer piso; así que seguro que nos oía. Bueno, pues era la primera que se levantaba, y como a nosotros se nos pegaban las sábanas, pues..., en fin, nos traía el desayuno a la cama. ¿Qué les parece?

INÉS.—Sinvergüenza.

GARCIN.—Sí, sí, de acuerdo: el sinvergüenza bien amado. (*Parece distraído.*) No, nada. Es Gómez, pero no está hablando de mí. ¿Un sinvergüenza, dice? ¡Caramba! Si no lo fuera, ¿qué estaría haciendo aquí? ¿Y usted?

INÉS.—Bueno, yo era eso que llaman allí... una..., una mujer condenada. Condenada ya «antes», ¿comprende? Así que la sorpresa no ha sido tan grande para mí.

GARCIN.—Y eso es todo.

INÉS.—No, está también el asunto con Florencia... Pero ésa es una historia de muertos. Tres muertos. Primero él, luego ella y después yo. Así que no queda nadie allí; en eso estoy tranquila: sólo la habitación... La veo, esa habitación, de cuando en cuando. ¡Ah! Han acabado por quitar los precintos. Se alquila. Ahora se alquila. Hay un cartel en la puerta. Es..., es una porquería, ¡qué pena!

GARCIN.—Así que me parece que ha dicho... tres.

INÉS.—Sí, tres.

GARCIN.—¿Un hombre y dos mujeres?

INÉS.—Sí.

GARCIN.—Vaya. (*Una pausa.*) ¿Y él se mató?

INÉS.—¿Él? Era incapaz de eso. Pero tampoco es porque sufriera. No; un tranvía que lo aplastó. ¡Una broma pesada! Yo vivía con ellos; era mi primo.

GARCIN.—¿Cómo era Florencia? ¿Rubia?

INÉS.—¿Rubia? (*Mirada a ESTELLE.*) Mire, yo no me arrepiento de nada, pero no me hace ninguna gracia contarle esta historia.

GARCIN.—¡Vamos! ¡Vamos! ¿Qué ocurría con el chico? ¿Le fastidiaba?

INÉS.—No, poco a poco... Hubo de todo, en fin... Por ejemplo, hacía bastante ruido cuando bebía: soplabla en el vaso por la nariz, ¿sabe? Naderías, después de todo... Era, ¡bueno!, era un pobre chico, muy vulnerable. ¿Por qué se sonríe?

GARCIN.—Porque yo no soy nada vulnerable.

INÉS.—Eso habría que verlo. El caso es que me fui deslizand dentro de ella hasta que la muchacha empezó a mirarlo con mis ojos... En fin, que se me vino a los brazos. Entonces tomamos una habitación al otro lado de la ciudad.

GARCIN.—¿Y entonces?

INÉS.—Lo del tranvía. Por cierto que yo le decía siempre: «Bien, hijita; somos nosotras las que lo hemos matado.» (*Un silencio.*) Es que soy mala.

GARCIN.—Sí. Yo también.

INÉS.—Usted no es malo, no. Es otra cosa.

GARCIN.—¿Qué?

INÉS.—Ya se lo diré luego. Yo sí, yo soy mala; eso quiere decir que necesito el sufrimiento de los demás para existir. Soy como una antorcha: una antorcha en los corazones. En cuanto estoy sola me apago. Durante seis meses estuve ardiendo en su corazón; y lo quemé todo. Una noche se levantó; abrió la llave del gas sin que yo me diera cuenta y luego volvió a acostarse junto a mí. Ésa es la cosa.

GARCIN.—¡Hum!

INÉS.—¿Qué?

GARCIN.—Nada. Que no está bien.

INÉS.—Bueno, no, ya sé que no está bien. ¿Qué quiere decir?

GARCIN.—Claro. Claro, tiene razón. (*A ESTELLE.*) Ahora te toca a ti. ¿Qué has hecho tú?

ESTELLE.—Ya les he dicho que no sé nada. Por más que me pregunto...

GARCIN.—Está bien, yo voy a ayudarte. Ese tipo de la cara destrozada, ¿quién es?

ESTELLE.—¿Qué tipo?

INÉS.—Demasiado lo sabes. Ese del que te daba miedo cuando entraste.

ESTELLE.—Es un amigo.

GARCIN.—¿Por qué tenías miedo de él?

ESTELLE.—No, ustedes no tienen derecho a interrogarme.

INÉS.—¿Es que se mató por tu culpa?

ESTELLE.—¡Qué va! Está usted loca.

GARCIN.—Entonces, ¿por qué te daba miedo? Se arreó un tiro de fusil en la cara, ¿no? ¿Es eso lo que se le llevó la cabeza?

ESTELLE.—¡Cállese! ¡Cállese!

GARCIN.—Por tu culpa, ¿no? ¡Por tu culpa!

INÉS.—Un tiro de fusil por tu culpa.

ESTELLE.—Déjenme tranquila. Me dan miedo. ¡Quiero irme! ¡Quiero marcharme de aquí! (*Se precipita hacia la puerta y la sacude.*)

GARCIN.—Vete. Para mí es lo mejor que podía pasar. Sólo que la puerta está cerrada por fuera. (*ESTELLE llama al timbre, pero éste no suena. INÉS y GARCIN ríen. ESTELLE se vuelve hacia ellos, pegada a la puerta.*)

ESTELLE.—(*Con voz ronca y lenta.*) Son ustedes asquerosos.

INÉS.—Muy bien, somos asquerosos. ¿Y qué más? Así que el tipo se mató por tu culpa. ¿Era tu amante?

GARCIN.—Está claro que era su amante. Y él quería tenerla para él solo, ¿no es verdad?

INÉS.—Bailaba los tangos como un profesional, pero era pobre, me imagino. (*Un silencio.*)

GARCIN.—Te preguntan si el muchacho era pobre.

ESTELLE.—Sí, era pobre.

GARCIN.—Y, además, tú tenías que conservar tu reputación... Un día se presentó, te suplicó y tú lo tomaste a broma.

INÉS.—¡Ah!, ¿sí? ¿Sí? ¿Lo tomaste a broma? ¿Y ésa fue la razón de que se matara?

ESTELLE.—¿Tú..., tú mirabas a Florencia con esos ojos?

INÉS.—Sí. (*Una pausa. ESTELLE se echa a reír.*)

ESTELLE.—No tienen ni la menor idea. (*Se yergue otra vez y los mira. Siempre pegada a la puerta. Con tono seco y provocador.*) Quería hacerme un hijo. Qué, ¿ya están contentos?

GARCIN.—Y tú no querías.

ESTELLE.—No. Pero el niño llegó, de todas formas. Me fui a pasar cinco meses a Suiza. Nadie se enteró de nada. Era una niña. Roger estaba conmigo cuando nació. A él le gustaba tener una niña. A mí, no.

GARCIN.—¿Y después?

ESTELLE.—Había allí un balcón que daba al lago. Yo me traje una piedra grande. Él gritaba: «Estelle, te lo ruego, te lo suplico.» Yo le detestaba. Lo vio todo. Se asomó al balcón y le dio tiempo a ver las ondas en el lago.

GARCIN.—¿Y luego?

ESTELLE.—No hay nada más. Me volví a París. Y él hizo lo que le pareció.

GARCIN.—¿Saltarse los sesos?

ESTELLE.—Bueno, pues sí. No merecía la pena; mi marido nunca llegó a sospechar nada de nada. (*Una pausa.*) Los odio. (*Tiene una crisis de sollozos secos.*)

GARCIN.—Es inútil. Aquí las lágrimas no corren.

ESTELLE.—¡Qué cobarde soy! ¡Qué cobarde! (*Una pausa.*) ¡Si se dieran cuenta de cómo los odio!

INÉS.—(*Tomándola en sus brazos.*) Pero, hijita... (*A GARCIN.*) El interrogatorio ha terminado. No vale la pena que siga con ese hocico de verdugo.

GARCIN.—De verdugo... (*Mira a su alrededor.*) Yo también daría cualquier cosa por poder mirarme en un espejo. (*Una pausa.*) ¡Qué calor hace! (*Maquinalmente empieza a quitarse la chaqueta.*) ¡Oh!, perdón. (*Juego inverso.*)

ESTELLE.—No, puede ponerse cómodo. Ahora ya da igual.

GARCIN.—Sí. (*Tira la chaqueta en un canapé.*) No tiene que enfadarse conmigo, Estelle.

ESTELLE.—No estoy enfadada con usted.

INÉS.—¿Y conmigo? ¿Conmigo sí lo estás?

ESTELLE.—Sí. (*Un silencio.*)

INÉS.—¿Y qué, Garcin? Ya estamos desnudos como gusanos. ¿Ve más claro ahora?

GARCIN.—No lo sé. Puede que un poco más, sí. (*Tímidamente.*) ¿No les parece que..., que podríamos intentar ayudarnos los unos a los otros?

INÉS.—Yo no necesito ayuda.

GARCIN.—Inés, han enmarañado todos los hilos. Mire: con el menor gesto que usted haga, con que levante una mano para abanicarse, Estelle y yo sentimos una sacudida. Ninguno de nosotros puede salvarse solo. O nos perdemos juntos o salimos de esta juntos. Elijan. (*Una pausa.*) ¿Qué sucede ahora?

INÉS.—Ya la han alquilado. Las ventanas están abiertas de par en par y hay un hombre sentado en mi cama. ¡Ya la han alquilado! ¡Sí, ya la han alquilado! Entre, entre sin miedo. Es una mujer. Va junto a él y le pone las manos en los hombros... ¿Qué esperan para encender la luz? No se ve nada. ¿Qué van a hacer? ¡Besarse! ¡Esa habitación es mía, mía! Pero ¿por qué no encienden? Ya no puedo verlos... ¿Qué están murmurando? Qué, ¿la va a acariciar en «mi» cama? Ella le dice ahora que son las doce del día y que hay demasiada luz. Entonces es que me estoy quedando ciega. (*Una pausa.*) Se acabó. No hay nada más: ya ni veo ni oigo nada... Bien, supongo que con esto he terminado con la Tierra. Ya no hay por qué justificarse. (*Se estremece.*) Me siento vacía. Ahora sí que estoy completamente muerta. Enteramente aquí. (*Una pausa.*) ¿Qué me decía? Hablaba de ayudarme, me parece.

GARCIN.—Sí.

INÉS.—¿A qué?

GARCIN.—A deshacer las trampas.

INÉS.—¿Y yo, en cambio...?

GARCIN.—Me ayudará a mí. Será cosa de poco, Inés: sólo con algo de buena voluntad.

INÉS.—Buena voluntad... ¿Dónde quiere que la encuentre? Estoy podrida.

GARCIN.—¿Pues y yo? (*Una pausa.*) ¿Y si lo intentáramos, sin embargo?

INÉS.—Estoy seca. No puedo ni recibir ni dar ninguna cosa. ¿Cómo quiere usted que le ayude? Una rama muerta; pasto del fuego. (*Una pausa. Mira a ESTELLE, que tiene la cabeza en las manos.*) Florencia era muy rubia.

GARCIN.—¿Usted no ignora que esta muchacha es su verdugo?

INÉS.—Puede, pero lo dudo mucho.

GARCIN.—Usted va a caer por ella. Por lo que a mí respecta, yo..., yo..., yo no le presto ninguna atención. Si por su parte...

INÉS.—¿Qué?

GARCIN.—Es una trampa. Y a usted la acechan ahora para ver si cae o no.

INÉS.—Ya lo sé. Y «usted» también es una trampa. ¿Qué se cree? ¿Que esas palabras tuyas no estaban previstas? ¿Y que no hay otras trampas que no podemos ver? Todo es una trampa. Pero ¿qué puede importarme? Yo también lo soy. Un cepo para ella. Y puede que sea yo la que la atrape.

GARCIN.—Usted no atrapará nada absolutamente. Nosotros corremos unos detrás de otros como caballitos de madera, sin encontrarnos nunca. Créame que todo está organizado ya. Deje eso, Inés. Abra las manos, suelte la presa, o sólo conseguirá la desgracia de todos.

INÉS.—¿Tengo yo el aspecto de soltar una presa? Ya sé lo que me aguarda. Voy a quemarme, me quedo y sé que esto no tendrá fin. Lo sé todo. Pero ¿cree usted que voy a soltar la presa? Ésa va a ser cosa mía, y acabará mirándole a usted con mis propios ojos, como Florencia terminó mirando al otro. ¡Qué me viene a decir ahora de su desgracia! Ya le digo que lo sé todo; y ni siquiera puedo tener piedad de mí. Una trampa, ¡qué cosa! Naturalmente, y yo estoy cogida en esta trampa. Pero, además, ¿qué? Si están contentos con nosotros, mejor.

GARCIN.—(*Tomándola por los hombros.*) Escuche: yo sí puedo tener piedad de usted. Míreme ahora: estamos desnudos. Desnudos hasta los huesos, y yo la conozco hasta las entrañas; bien. ¿Cree usted que yo tengo interés en hacerle daño? Yo no me arrepiento de nada, no me

quejo de nada; yo también estoy seco. Pero de usted..., de usted sí puedo tener piedad.

INÉS.—(*Que se ha dejado hacer mientras él hablaba, se sacude.*) No me toque. Me molesta que me toquen. Y guárdese su piedad. ¡Vamos, Garcin! También hay muchas trampas para usted en esta habitación. Para usted. Preparadas para usted. Sería mejor que se preocupara de sus propios asuntos. (*Una pausa.*) Si nos deja completamente tranquilas a la niña y a mí, yo me las arreglaré para que a usted no le pase nada.

GARCIN.—(*La mira un momento y se encoge de hombros.*) Vale.

ESTELLE.—(*Levantando la cabeza.*) Socorro, Garcin.

GARCIN.—¿Qué quiere de mí?

ESTELLE.—(*Levantándose y acercándose a él.*) A mí sí puede usted ayudarme.

GARCIN.—Diríjase a ella. (*INÉS se ha acercado y se coloca muy cerca de ella por detrás, sin tocarla. Durante las frases siguientes le hablará casi al oído. Pero ESTELLE, vuelta hacia GARCIN, que la mira sin hablar, responde únicamente a éste, como si él fuera quien la interrogara.*)

ESTELLE.—Por favor, Garcin, lo ha prometido usted, lo ha prometido.

Pronto, pronto, no quiero estar sola. Olga se lo ha llevado al baile.

INÉS.—¿A quién?

ESTELLE.—A Pedro. Están bailando juntos.

INÉS.—¿Quién es Pedro?

ESTELLE.—Un chico inocentón. Me decía que yo era su agua pura. Me quería. Ella se lo ha llevado al baile.

INÉS.—¿Y tú le quieres?

ESTELLE.—Ahora se sientan. Ella está sin aliento. ¿Por qué se pone a bailar?

A no ser que sea para adelgazar. Claro que no. Claro que yo no le quería; tiene dieciocho años y yo no soy un ogro.

INÉS.—Entonces déjalos. ¿Qué puede importarte?

ESTELLE.—Pero era mío.

INÉS.—Ya no hay nada tuyo en la Tierra.

ESTELLE.—Él era mío.

INÉS.—Sí, lo «era»... Ahora intenta cogerlo, intenta tocarlo, anda. Olga puede tocarlo, ella sí que puede. ¿No es así? ¿Verdad? Ella puede cogerle las manos, rozarle las rodillas.

ESTELLE.—Aprieta contra él su enorme pecho, le echa el aliento en la cara. Pulgarcito, pobre Pulgarcito, ¿qué esperas para echarte a reír en su cara? ¡Ah!, me hubiera bastado con una mirada; ella no se hubiera atrevido nunca... Entonces, ¿es que, verdaderamente, ya no soy nada?

INÉS.—Nada ya, nada. Y ya no hay nada tuyo allí en la Tierra: todo lo que te pertenece está aquí. ¿Quieres el cortapapeles? ¿La estatua? El canapé azul es el tuyo... Y yo, pequeña, yo también soy tuya para siempre.

ESTELLE.—¿Qué? ¿Mía? ¿Quién de ustedes se atrevería a decir que yo soy su agua pura? A ustedes no se les puede engañar; ustedes saben que yo soy una basura, un desperdicio... Piensa en mí, Pedro, piensa sólo en mí; defiéndeme. Mientras que tú piensas: agua pura, querida agua pura, sólo estaré a medias en este lugar, sólo a medias seré culpable, seré agua pura allí contigo. Mira, está colorada como un tomate. Pero, vamos, si es imposible; lo que nos habremos reído de ella juntos. ¿Qué melodía es ésa que tanto me gustaba? ¡Ah, sí!... Es «Saint Louis Blues»... Bueno, bueno, bailad. Garcin, cómo se divertiría si pudiera verla. Ella no sabrá nunca que yo la miro ahora. Sí, te veo, te veo, despeinada, la cara descompuesta, los pisotones... Es para morir de risa. ¡Ale, vamos! ¡Más de prisa! ¡Más de prisa aún! Él tira de ella, la empuja. Es una porquería. ¡Más de prisa! Él me decía siempre: «Tú eres tan ligera...» ¡Ale, vamos! ¡Vamos! (*Baila mientras habla.*) Ya te digo que te estoy mirando. A ella le da igual; baila a través de mi mirada. ¡Nuestra querida Estelle! ¿Así que nuestra querida Estelle? No, cállate. Ni siquiera has derramado una lágrima en el funeral. Ella le ha dicho: «Nuestra querida Estelle.» Tiene la poca vergüenza de hablarle de mí. Vamos, id a compás... Ella no es de las que pueden hablar y bailar al mismo tiempo, no... Pero ¿qué es lo que ahora...? ¡No! ¡No! ¡No se lo digas! ¡Ya te lo

dejo; llévatelo, guárdatelo, haz lo que quieras de él, pero no se lo digas!... (*Ha dejado de bailar.*) Bueno. Ya está. Ahora quédate con él... Se lo ha contado todo, Garcin: Roger, el viaje a Suiza, la niña; se lo ha contado todo. «Nuestra querida Estelle no era...» En efecto, no, no era... Él mueve la cabeza con un gesto triste, pero no puede decirse que la noticia lo haya trastornado mucho. Ahora quédate con él. No seré yo quien te dispute sus largas pestañas ni su aspecto de niña... ¡Ah! Me llamaba agua pura, su cristal. El cristal se ha hecho añicos. «Nuestra querida Estelle.» ¡Hale, bailad, bailad! Pero a compás, cuidado... A compás: un, dos... (*Baila.*) Daría todo lo del mundo por volver un momento, un solo instante..., y bailar. (*Baila. Una pausa.*) Ahora no oigo muy bien. Han apagado las luces como para un tango. ¿Por qué tocan con sordina? ¡Más fuerte! ¡Qué lejos! Ya..., ya no oigo nada, nada. (*Deja de bailar.*) Nunca más. La tierra me ha abandonado. Garcin, mírame ahora, cógeme en tus brazos. (*INÉS hace señas a GARCIN de que se aparte desde detrás de ESTELLE.*)

INÉS.—(*Imperiosamente.*) ¡Garcin!

GARCIN.—(*Retrocede un paso e indica a INÉS.*) No, diríjase a ella.

ESTELLE.—(*Se agarra a él.*) ¡No se marche ahora! ¿Es que no es un hombre? Pero míreme, no vuelva los ojos. ¿Tan desagradable le resulta verme? Tengo..., tengo los cabellos rubios y, después de todo, hay alguien que se ha matado por mí. Por favor, de todos modos algo tiene que mirar. Si no soy yo, será la estatua, la mesa o los canapés. Sea como fuere, yo soy algo más agradable de mirar. Escucha: he caído de sus corazones como un pajarito que se cae del nido. Recógeme, ponme ahí, en tu corazón, y ya verás cómo soy buena contigo.

GARCIN.—(*Rechazándola con esfuerzo.*) Le digo que se dirija a ella.

ESTELLE.—¿A ella? No, ella no cuenta. Es una mujer.

INÉS.—¿Que yo no cuento? Pero, hija mía, hijita, hace ya mucho tiempo que tú estás resguardada en mi corazón. No tengas miedo; yo te miraré sin un respiro, sin un parpadeo... Y tú vivirás en mi mirada como una lentejuela en un rayo de sol.

ESTELLE.—¿Un rayo de sol? Vamos, déjese de tonterías. Ya antes ha querido salirse con la suya y ha visto que ha fracasado; así que déjeme.

INÉS.—¡Estelle! Agua pura, cristal.

ESTELLE.—¿«Su» cristal? ¡Qué gracia! ¿A quién piensa engañar? Vamos, todo el mundo sabe que yo tiré a la niña por la ventana. El cristal se ha hecho polvo en el suelo, y qué me importa. Ya soy sólo un pellejo, y mi pellejo no es para usted.

INÉS.—Pero ven. Tú serás lo que quieras: agua pura, agua sucia. Te reconocerás en el fondo de mis ojos como tú te deseas.

ESTELLE.—¡Suélteme! ¿Es que no tiene ojos? ¿Qué tengo que hacer para que me suelte? ¿Eh? ¿Qué tengo que hacer? (*Le escupe a la cara. INÉS la suelta bruscamente.*)

INÉS.—¡Garcin! Usted me las pagará. (*Una pausa. GARCIN se encoge de hombros y va hacia ESTELLE.*)

GARCIN.—¿Así que quieres un hombre?

ESTELLE.—Un hombre, no. Tú.

GARCIN.—Déjate de cuentos. Cualquiera serviría. Resulta que soy yo el que está aquí, pues yo. Bien. (*La coge por los hombros.*) Yo no tengo nada para gustarte, ¿sabes? No soy un chico inocentón y tampoco sé bailar los tangos.

ESTELLE.—Te tomaré como eres. Puede que te haga cambiar.

GARCIN.—Lo dudo. Estaré... distraído. Tengo otras cosas en la cabeza.

ESTELLE.—¿Qué otras cosas?

GARCIN.—No te interesarían.

ESTELLE.—Me sentaré ahí, junto a ti. Esperaré a que puedas atenderme.

INÉS.—(*Se echa a reír.*) ¡Como una perra! ¡Como una perra! ¡Y ni siquiera es guapo!

ESTELLE.—(*A GARCIN.*) No la escuches. No tiene ojos ni oídos. No cuenta.

GARCIN.—Te daré todo lo que pueda. No es mucho. No te querré nunca; te conozco demasiado.

ESTELLE.—Pero ¿tú me deseas?

GARCIN.—Sí.

ESTELLE.—Es todo lo que quiero.

GARCIN.—Entonces... (*Se inclina sobre ella.*)

INÉS.—¡Estelle! ¡Garcin! ¡Están locos! Estoy yo aquí.

GARCIN.—Ya lo veo. ¿Y qué?

INÉS.—Delante de mí no..., no pueden.

ESTELLE.—¿Por qué no? Yo me desnudaba delante de mi doncella.

INÉS.—(*Agarrándose a GARCIN.*) ¡Déjela, déjela ya! No la toque con sus asquerosas manos de hombre.

GARCIN.—(*Rechazándola violentamente.*) Venga, basta ya; yo no soy un caballero, ¿sabe?, y no me voy a morir por pegarle a una mujer.

INÉS.—Me lo había prometido, Garcin, recuérdelo. Por favor, usted me lo había prometido.

GARCIN.—Es usted la que ha roto el pacto; basta.

(*INÉS se separa y retrocede hasta el fondo de la habitación.*)

INÉS.—Haced lo que queráis; sois los más fuertes. Pero acordaos de que yo estoy aquí y que os estoy mirando. No dejaré de miraros ni un solo momento; tendrás que besarla bajo mis ojos. ¡Cómo os odio a los dos! ¡Podéis hacerlo, venga! Estamos en el infierno; ya llegará mi vuelta. (*Durante la escena siguiente los mira sin una palabra.*)

GARCIN.—(*Vuelve junto a ESTELLE y la coge por los hombros.*) Dame tus labios. (*Una pausa. Se inclina sobre ella, pero bruscamente se yergue.*)

ESTELLE.—(*Con un gesto de despecho.*) Qué... (*Una pausa.*) Ya te he dicho que no te preocupes de ella.

GARCIN.—Es lo otro, lo otro. (*Una pausa.*) Gómez está ahora en el periódico. Han cerrado las ventanas; así que es invierno. Seis meses. Ya hace seis meses que me... ¿No te lo dije que me distraería? Están tiritando; tienen puestas las chaquetas. Es curioso que allí tengan tanto frío y yo tanto calor. Esta vez sí está hablando de mí.

ESTELLE.—¿Durará mucho eso? (*Una pausa.*) Por lo menos dime lo que cuenta.

GARCIN.—Nada. No cuenta nada. Es un cerdo, eso es todo. (*Presta oído.*)

Un verdadero cerdo. ¡Bah! (*Vuelve con ESTELLE.*) ¿Volvemos a lo nuestro? ¿Vas a quererme mucho?

ESTELLE.—(*Sonriendo.*) ¿Quién sabe?

GARCIN.—¿Tendrás confianza en mí?

ESTELLE.—Qué pregunta tan tonta; no voy a perderte de vista nunca, y seguro que no será con Inés con quien me engañes.

GARCIN.—Evidentemente. (*Una pausa. Suelta los hombros de ESTELLE.*) Yo hablaba de otra confianza. (*Escucha.*) ¡Anda! ¡Anda! Di lo que te parezca; como no estoy ahí para contestarte... (*A ESTELLE.*) Estelle, tú tienes que darme tu confianza. ¿Quieres?

ESTELLE.—¡Qué de jaleos! Teniendo lo que tienes: mi boca, mis brazos, todo mi cuerpo..., podría ser tan fácil. ¡Mi confianza! Yo no tengo ninguna confianza que dar, ninguna. Me fastidias horriblemente. ¡Ah! Seguro que tienes una cosa muy grave para pedirme una cosa así: mi confianza.

GARCIN.—Me fusilaron.

ESTELLE.—Ya lo sé. Te habías negado a salir. ¿Qué más?

GARCIN.—Yo... No, yo no me había negado del todo. (*A los invisibles.*) Él habla muy bien y sabe criticar, pero no dice lo que hay que hacer. ¿Qué tenía que hacer yo? ¿Entrar en el despacho del general y decirle: «Mi general, yo no salgo»? ¡Qué tontería! Me hubieran encerrado. ¡Y yo lo que quería era testimoniar, testimoniar! No quería que ahogaran mi voz. (*A ESTELLE.*) Así que..., que tomé el tren. Me cazaron en la frontera.

ESTELLE.—¿Adónde querías ir?

GARCIN.—A Méjico. Tenía el proyecto de sacar allí un periódico pacifista. (*Un silencio.*) Bueno, di algo.

ESTELLE.—¿Qué quieres que diga? Hiciste bien, puesto que no querías luchar. (*Gesto de disgusto en GARCIN.*) ¡Ay querido!, yo no puedo adivinar lo que tengo que responderte.

INÉS.—Hijita, hay que decirle que salió huyendo como un león. Porque lo que hizo es huir el hombre... Eso es lo que le trae a mal traer.

GARCIN.—Huido, marchado; llámelo como quiera.

INÉS.—Era lo mejor que podías hacer: huir. Si te hubieras quedado, te hubiesen detenido en seguida, ¿no?

GARCIN.—Claro. (*Una pausa.*) Estelle, ¿te parece que yo soy un cobarde?

ESTELLE.—¡Ay hijo!, yo no sé nada de eso. Yo no estoy en tu lugar. Eres tú el que tiene que decidir.

GARCIN.—(*Con un gesto cansado.*) Yo no decido nada.

ESTELLE.—En cualquier caso, tú tendrás que acordarte; seguro que tenías tus razones para actuar como lo hiciste.

GARCIN.—Sí.

ESTELLE.—¿Entonces?

GARCIN.—Pero ¿son las verdaderas razones?

ESTELLE.—(*Fastidiada.*) Qué complicado eres.

GARCIN.—Yo quería testimoniar, yo..., yo lo había reflexionado largamente... Pero ¿son ésas las verdaderas razones?

INÉS.—¡Ah!, ésa es la cuestión, en efecto. ¿Fueron ésas las verdaderas razones? Tú razonabas, no querías comprometerte a la ligera. Pero el miedo, el odio y todas las porquerías que uno se oculta, son «también» razones. Así que tú busca, interrógate.

GARCIN.—Cállate tú. ¿Qué crees? ¿Que he estado esperando tus consejos? Todo el día y la noche me los pasaba andando en el calabozo; de la ventana a la puerta, de la puerta a la ventana. Espiándome. Siguiéndome las huellas. Me parecía que me había pasado una vida entera interrogándome. Y luego, ¿qué? El acto estaba ahí. Yo... había tomado el tren; eso es lo único seguro. Pero ¿por qué? ¿Por qué? Hasta que al fin pensé: «Mi muerte lo decidirá; si muero limpiamente habré probado que no soy un cobarde...»

INÉS.—¿Y cómo murió usted, Garcin?

GARCIN.—Mal. (INÉS *se echa a reír.*) Fue..., fue un simple desfallecimiento corporal. No me da vergüenza. Lo único que..., que todo ha quedado en suspenso para siempre. (*A ESTELLE.*) Ven aquí tú. Mírame. Necesito que alguien me mire mientras hablan de mí en la Tierra. Me gustan los ojos verdes.

INÉS.—¿Los ojos verdes? Qué cosas. ¿Y a ti, Estelle, te gustan los cobardes?

ESTELLE.—Si tú supieras lo poco que me importa... Cobarde o no, si sus caricias... Eso me basta.

GARCIN.—Dan cabezadas así; se aburren. Piensan: «Garcin es un cobarde.» Blandamente, débilmente. Porque, después de todo, hay que pensar en algo. ¡Garcin es un cobarde! Eso es lo que han decidido ellos, sí, mis compañeros. Dentro de seis meses dirán: «Cobarde como Garcin.» Ustedes han tenido suerte, después de todo: nadie piensa en ustedes ya en la Tierra. Lo mío es más duro.

INÉS.—¿Y su mujer, Garcin?

GARCIN.—¡Qué dice ahora de mi mujer! Ha muerto.

INÉS.—¿Muerta?

GARCIN.—¡Ah!, sí. Me parece que he olvidado decirlo. Ha muerto ahora. Hace dos meses más o menos.

INÉS.—¿De pena?

GARCIN.—Naturalmente, de pena. ¿De qué quiere que haya muerto la pobre? Así que todo va bien: la guerra ha terminado, mi mujer ha muerto y yo..., yo he entrado en la Historia. (*Solloza secamente y se pasa la mano por la cara. ESTELLE se cuelga de él.*)

ESTELLE.—¡Querido mío! ¡Querido mío! Mírame, tócame, amor mío. (*Le coge la mano.*) Ponme la mano aquí, acaríciame. (GARCIN *hace un movimiento para desprenderse.*) Deja la mano; déjala, no te muevas. Todos ellos van a morir; qué importa lo que piensen. Olvídalos. Soy yo lo único que existe.

GARCIN.—(*Separando la mano.*) Pero ellos..., ellos no me olvidan a mí. Ellos morirán, ya sé, pero vendrán otros que recogerán su consigna. Les he dejado mi vida entre sus manos.

ESTELLE.—¡Piensas demasiado, eso es lo que te pasa!

GARCIN.—¿Y qué otra cosa voy a hacer? En otro tiempo actuaba... ¡Ah, con volver sólo un día entre ellos, qué mentís, de qué forma...! Pero estoy fuera de juego; cierran el balance sin mí, y tienen razón, porque

estoy muerto. Cazado como una rata. (*Ríe.*) He pasado al dominio público. (*Una pausa.*)

ESTELLE.—(*Suavemente.*) Garcin.

GARCIN.—¡Ah!, ¿estás ahí? Está bien, escucha: vas a hacerme un favor. No te preocupes, ya sé: te resulta raro que alguien te pida socorro; no tienes costumbre. Pero si tú quisieras, si hicieras un esfuerzo, hasta puede que consiguiéramos amarnos verdaderamente... Mira: ahí son mil los que repiten que yo soy un cobarde. Pero ¿qué significan mil? Con un alma que hubiera, con una sola, que afirmara con todas sus fuerzas que yo no huí, «que no es posible» que yo huyera, que tengo valor, que soy limpio, yo... ¡estoy seguro de que me salvaría! ¿Quieres creer en mí? Te querría entonces más que a mí mismo.

ESTELLE.—(*Riendo.*) ¡Qué tonto eres! ¿Te figuras que yo podría querer a un cobarde?

GARCIN.—Pero antes decías...

ESTELLE.—Me burlaba de ti. A mí me gustan los hombres, Garcin, los verdaderos hombres, de manos fuertes, rudos. Tú no tienes cara de cobarde; ni la boca, ni la voz, ni el pelo de un cobarde, y te quiero por eso: tu pelo, tu boca, tu voz.

GARCIN.—¿Es verdad eso?

ESTELLE.—¿Quieres que te lo jure?

GARCIN.—Entonces los desafío a todos, a los de allá y a los de aquí. Estelle, nosotros saldremos del infierno. (*INÉS se echa a reír. Él se interrumpe y la mira.*) ¿Qué pasa?

INÉS.—(*Riendo.*) Nada. Sólo que ella no cree ni una palabra de lo que está diciendo. ¿Cómo puedes ser tan ingenuo? «Estelle, dime: ¿soy un cobarde?» Si tú supieras todo lo que ella se ríe de ese problema.

ESTELLE.—¡Inés! (*A GARCIN.*) No la escuches. Si tú quieres mi confianza, tienes que empezar por concederme la tuya.

INÉS.—¡Pues claro que sí, pues claro que sí! Concédeme tu confianza. Necesita un hombre, ya lo ves; un brazo de hombre alrededor de su cintura, un olor de hombre, un deseo de hombre en los ojos de un

hombre. En cuanto a lo demás... ¡Bueno! Podría decirte que tú eres Dios Padre si eso fuera de tu agrado.

GARCIN.—¡Estelle! ¿Es verdad eso? ¡Contéstame! ¿Es verdad?

ESTELLE.—¿Qué quieres que te diga? No comprendo nada de todos esos líos. (*Golpea con el pie.*) ¡Qué desagradable es todo esto! Mira: aunque tú fueras un cobarde, yo te querría. ¿No te basta con eso? (*Una pausa.*)

GARCIN.—Me daís asco las dos. (*Va hacia la puerta.*)

ESTELLE.—¿Qué vas a hacer?

GARCIN.—Me voy.

INÉS.—(*En seguida.*) No irías muy lejos: la puerta está cerrada.

GARCIN.—Tendrán que abrir. (*Llama al timbre. No suena.*)

ESTELLE.—¡Garcin!

INÉS.—(*A ESTELLE.*) No te preocupes; el timbre no funciona.

GARCIN.—Ya veréis cómo abren. (*Tamborilea sobre la puerta.*) Ya no puedo soportaros más, no puedo veros más. (*ESTELLE corre hacia él; él la rechaza.*) Déjame; me repugnas todavía más que ella. Sería horrible emparentarme en esos ojos tuyos. Estás húmeda, eres blanda. Eres un pulpo, un lodazal. (*Golpea en la puerta.*) ¡Qué! ¿Van a abrir?

ESTELLE.—Garcin, te lo suplico: no te vayas, no te hablaré más, te dejaré tranquilo, pero no te vayas. Inés ha sacado sus garras; no quiero quedarme sola con ella.

GARCIN.—Arréglatelas como puedas. Yo no te he dicho que vengas; allá tú.

ESTELLE.—¡Cobarde! ¡Ahora ya lo veo! ¡Es verdad que eres un cobarde!

INÉS.—(*Acercándose a ESTELLE.*) Qué, hija mía, ¿no estás contenta tú? Me has escupido para hacerle gracia, y ya ves, nos hemos enfadado por su culpa. Pero ahora se va el aguafiestas; vamos a quedarnos entre mujeres, solas.

ESTELLE.—No vas a ganar nada con ello; si esa puerta se abre yo me escaparé también.

INÉS.—¿Adónde?

ESTELLE.—Donde sea. Lo más lejos posible de ti. (*GARCIN no ha cesado de llamar a la puerta.*)

GARCIN.—¡Abran! ¡Abran! Lo soportaré todo: los cepos, las tenazas, el plomo derretido, las pinzas, el garrote, todo lo que quema, todo lo que desgarrar; quiero sufrir normalmente. Antes cien mordeduras, antes el látigo, el vitriolo..., todo antes que este sufrimiento interior, este..., este fantasma de sufrimiento que roza, que acaricia y que nunca hace demasiado daño. (*Coge el picaporte de la puerta y lo sacude.*) ¿Abrirán de una vez? (*La puerta, bruscamente, se abre, y GARCIN está a punto de caer.*) ¿Qué es esto? (*Un largo silencio.*)

INÉS.—Vamos, Garcin... Váyase.

GARCIN.—(*Lentamente.*) Me pregunto por qué se habrá abierto.

INÉS.—¿Qué está esperando? ¡Hale, márchese!

GARCIN.—No, no voy a irme.

INÉS.—¿Y tú? (*A ESTELLE. ESTELLE no se mueve. INÉS se echa a reír.*) Entonces, ¿quién? ¿Cuál de los tres? La vía está libre. ¿Quién nos retiene? ¡Ah, es para morir de risa! Resulta que somos inseparables. (*ESTELLE se abalanza, por detrás, sobre ella.*)

ESTELLE.—¿Inseparables? ¡Garcin! Ayúdame, ayúdame, de prisa. La arrastraremos fuera y cerraremos la puerta; ahora va a ver, ahora va a ver ésta.

INÉS.—(*Debatiéndose.*) ¡Estelle! ¡Estelle! ¡Te lo suplico, no me echés! ¡Al pasillo, no; no me tires en el pasillo!

GARCIN.—Suéltala.

ESTELLE.—Estás loco. Te odia.

GARCIN.—Yo... me he quedado por ella, ¿sabes? (*ESTELLE suelta a INÉS y mira a GARCIN con estupor.*)

INÉS.—¿Que te has quedado por mí? (*Una pausa.*) Está bien, cierra la puerta. Hace muchísimo más calor desde que se ha abierto. (*GARCIN va a la puerta y la cierra.*) Así que por mí, ¿eh?

GARCIN.—Sí. Porque tú..., tú sabes lo que es un cobarde. Tú sí lo sabes.

INÉS.—Sí, claro que lo sé.

GARCIN.—Y sabes lo que es el mal, la vergüenza, el miedo. Ha habido días..., ¿a que sí?..., en que te has visto hasta los tuétanos y te has quedado destrozada, muerta. Y al día siguiente ya no sabías qué

pensar, no conseguías descifrar las revelaciones de la víspera. Sí, tú conoces el precio del mal. Y si tú dices que yo soy un cobarde, es con conocimiento de causa, ¿eh?

INÉS.—Sí.

GARCIN.—Es a ti a quien tengo que convencer, a ti. Tú eres de mi raza. ¿Qué te creías? ¿Que me iba a marchar? No te podía dejar aquí, triunfante, con todos esos pensamientos en la cabeza..., todos esos pensamientos que se refieren a mí.

INÉS.—¿Es verdad que quieres convencerme?

GARCIN.—Es lo único que quiero. A ellos ya no los oigo, ¿sabes? Seguro que es porque ya han terminado conmigo. Terminado: el asunto está clasificado, yo ya no soy nadie en la Tierra, ni siquiera un cobarde. Inés, estamos aquí solos: ya sólo estáis vosotras para pensar en mí. Ella no cuenta; pero tú, tú que me odias..., si tú me crees, me salvas.

INÉS.—Puede que no sea fácil, no sé. Soy un poco dura de aquí. (*Por la cabeza.*)

GARCIN.—Emplearé el tiempo que haga falta.

INÉS.—¡Oh, sí! Tienes todo el tiempo que quieras. «Todo» el tiempo.

GARCIN.—(*La coge por los hombros.*) Escucha: cada uno tiene sus objetivos, ¿no es así? A mí..., a mí me daba igual el dinero, el amor. Yo..., yo quería ser un hombre. Un valiente. Y lo aposté todo al mismo caballo. ¿Es posible que uno sea un cobarde cuando se han elegido los caminos más peligrosos? ¿Puede juzgarse una vida entera por un solo acto? Eso es lo que pregunto.

INÉS.—¿Y por qué no? Durante treinta años te imaginaste que tenías mucho corazón; y te permitías mil pequeñas debilidades porque a los héroes todo les está permitido. ¡Y qué cómodo era! Y luego, a la hora de la verdad, te pusieron al pie del paredón... y te cogiste el tren para Méjico.

GARCIN.—No, yo no me imaginaba ese heroísmo. Lo elegí. Cada uno es lo que quiere ser.

INÉS.—Demuéstralo. Demuestra que no era... una imaginación. Solamente los actos deciden qué es lo que uno ha querido.

GARCIN.—He muerto demasiado pronto. No me han dejado tiempo para..., para realizar «mis» actos.

INÉS.—Siempre se muere demasiado pronto o demasiado tarde. Y, sin embargo, la vida está ahí, acabada. La raya está hecha y hay que hacer la suma. Tú no eres nada más que tu vida.

GARCIN.—Eres una víbora. Tienes respuesta para todo.

INÉS.—¡Vamos! ¡Vamos! No pierdas los ánimos. Debe de ser muy fácil convencerme. Busca argumentos, haz un esfuerzo a ver. (GARCIN *se encoge de hombros*.) ¿Qué tal, qué tal? Ya te había dicho que eras vulnerable. ¡Y cómo las vas a pagar ahora! Eres un cobarde, Garcin, un cobarde, porque yo lo quiero. Porque yo lo quiero, ¿lo oyes? Y, sin embargo, mira lo débil que soy, como un suspiro; sólo esta mirada que te mira, este pensamiento incoloro que te piensa..., no soy nada más. (*Él va hacia ella con las manos abiertas*.) Bueno, ¿y qué? Ahora van y se abren esas manos grandes, de hombre. ¿Y qué? ¿Qué esperas? Los pensamientos no se cogen así, con las manos. Mira cómo no puedes hacer otra cosa que convencerme... Eres mío.

ESTELLE.—¡Garcin!

GARCIN.—¿Qué?

ESTELLE.—Por lo menos, véngate.

GARCIN.—¿Cómo?

ESTELLE.—Bésame y verás cómo canta.

GARCIN.—Y ya ves, es verdad. Estoy en tus manos, pero tú también en las mías. (*Se inclina sobre ESTELLE. INÉS da un grito*.)

INÉS.—¡Sí, cobarde, cobarde! ¡Vete a que te consuelen las mujeres!

ESTELLE.—¡Canta, Inés, canta!

INÉS.—¡Vaya pareja! Si tú vieras su patata plantada ahí, en tu espalda, enrojeciéndote la carne, arrugando la tela... Tiene las manos húmedas; está sudando. Va a dejarte una marca azul en el vestido, ya verás.

ESTELLE.—¡Canta! ¡Canta! Estréchame más fuerte, Garcin; verás cómo revienta.

INÉS.—Sí, sí, Garcin, estréchala más fuerte, anda; que tu calor y el suyo se haga un revoltijo, anda... Es estupendo el amor, ¿eh? ¿No, Garcin? Es una cosa tibia y profunda como el sueño, sólo que yo te impediré dormir. (*Gesto de GARCIN.*)

ESTELLE.—No, no la escuches. Bésame. Soy tuya, tuya.

INÉS.—Bueno, ¿a qué esperas tú? Haz lo que te dice. Garcin, el cobarde, tiene en sus brazos a Estelle, la infanticida. Quedan abiertas las apuestas... El señor Garcin ¿la besará? ¿No la besará? Cómo os veo, cómo os veo. Yo sola soy una multitud, la muchedumbre, Garcin, la muchedumbre, ¿oyes? (*Murmurando.*) Cobarde. Cobarde. Cobarde. Cobarde. Aunque me huyas, no te vale; yo no te suelto. ¿Qué vas a buscar en sus labios? ¿El olvido? Pero yo no voy a olvidarte a ti; yo, no. Es a mí a la que tienes que convencer. A mí. Anda, ¡ven, ven! Te espero. ¿Lo ves, Estelle? Afloja el abrazo, es dócil como un perro... ¡No va a ser tuyo nunca!

GARCIN.—¿Y no será de noche nunca?

INÉS.—Nunca.

GARCIN.—¿Y tú me verás siempre?

INÉS.—Siempre. (*GARCIN abandona a ESTELLE y da algunos pasos por la habitación. Se acerca a la estatua.*)

GARCIN.—La estatua... (*La acaricia.*) ¡En fin! Éste es el momento. La estatua está ahí; yo la contemplo y ahora comprendo perfectamente que estoy en el infierno. Ya os digo que todo, todo estaba previsto. Habían previsto que en un momento..., este..., yo me colocaría junto a la chimenea y que pondría mi mano sobre la estatua, con todas esas miradas sobre mí... Todas esas miradas que me devoran... (*Se vuelve bruscamente.*) ¡Cómo! ¿Sólo sois dos? Os creía muchas más. (*Ríe.*) Entonces esto es el infierno. Nunca lo hubiera creído... Ya os acordaréis: el azufre, la hoguera, las parrillas... Qué tontería todo eso... ¿Para qué las parrillas? El infierno son los demás.

ESTELLE.—¡Amor mío!

GARCIN.—(*Rechazándola.*) Déjame. Ella está con nosotros. No puedo estar contigo cuando ella me mira.

ESTELLE.—¡Está bien! Ya no nos verás más. (*Coge el cortapapeles de la mesa, se precipita sobre INÉS y le asesta varias puñaladas.*)

INÉS.—(*Se debate riendo.*) Pero ¿qué haces, qué haces? ¿Estás loca? Tú sabes de sobra que ya estoy muerta.

ESTELLE.—¿Muerta? (*Deja caer el cuchillo. Una pausa. INÉS recoge el cuchillo y se apuñala con rabia.*)

INÉS.—¡Muerta! ¡Muerta! ¡Muerta! Ni cuchillo, ni veneno, ni cuerda. «Ya está hecho», ¿comprendes? Y estamos juntos para siempre. (*Ríe.*)

ESTELLE.—(*Se echa a reír.*) ¡Para siempre, Dios mío, qué cosa tan curiosa! ¡Para siempre!

GARCIN.—(*Ríe mirando a las dos.*) ¡Para siempre! (*Caen sentados, cada uno en su canapé. Un largo silencio. Dejan de reír y se miran. GARCIN se levanta.*) Bueno, sigamos. (*Telón.*)

FIN DE «A PUERTA CERRADA»